

Lev Tolstói

EL REINO DE
DIOS ESTÁ EN
VOSOTROS

Prólogo de Alejandra Atala

Clásicos de la resistencia civil

CLÁSICOS DE LA RESISTENCIA CIVIL

**El reino de Dios está
en vosotros**

La colección *Clásicos de la resistencia civil* expone el pensamiento de grandes personajes del mundo en pro de la no-violencia, la autogestión social y el respeto de los derechos humanos y ciudadanos, prologados por especialistas reconocidos en cada autor.

EJEMPLAR GRATUITO

LEV TOLSTÓI

El reino de Dios está en vosotros

Prólogo de Alejandra Atala

**Universidad Autónoma del
Estado de Morelos**

Dr. Alejandro Vera Jiménez
Rector

Dr. José Antonio Gómez Espinosa
Secretario General

Javier Sicilia
Secretario de Extensión

Francisco Rebolledo
Director de Difusión Cultural



Tolstói, Lev, 1828-1910

El reino de Dios está en vosotros / Lev Tolstói, prólogo de Alejandra Atala. - - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2014.

74 p. - (Clásicos de la resistencia civil; 5)

ISBN 978-607-8332-45-8 Colección

ISBN 978-607-8332-62-5 Obra

1. Cristianismo - Esencia, genio y naturaleza 2. No-violencia - Aspectos religiosos - Cristianismo 3. Resistencia civil - Aspectos religiosos - Cristianismo

LCC BR121.3

DC 230

EL REINO DE DIOS ESTÁ EN VOSOTROS

de Lev Tolstói

De la colección

Clásicos de la resistencia civil

D.R. © 2014, Traducción de Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella

D.R. © 2014, Prólogo de Alejandra Atala

D.R. © 2014, Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Av. Universidad 1001, Col. Chamilpa

Cuernavaca, Morelos, 62210, México

Textos extraídos del libro *El reino de Dios está en vosotros*,

Editorial Kairós, Barcelona, España, 2010

Fotografía de Alejandra Atala: Antonio Berlanga

Colección dirigida por Francisco Rebolledo

Dirección de Difusión Cultural

Secretaría de Extensión de la UAEM

Cuidado editorial: Roberto Abad

Diseño: Araceli Vázquez Mancilla

ISBN: 978-607-8332-45-8 Colección *Clásicos de la resistencia civil*

ISBN: 978-607-8332-62-5

Reservados los derechos de impresión/Impreso en México

Contenido

Prólogo	11
El reino de Dios está en vosotros o el cristianismo no como una doctrina mística, sino como una nueva concepción de la vida	23
I Desde que se fundó el cristianismo sólo una minoría de personas ha profesado y profesa la doctrina de la no resistencia al mal con la violencia	25
II Consideraciones de creyentes y ateos sobre la cuestión de la no resistencia al mal con la violencia	50
Correspondencia entre Tolstói y Gandhi	66

Prólogo

Tolstói: su Guerra y su Paz

“*EL REINO DE DIOS está en vosotros*, me abrumó. Me marcó para siempre. Comprender su pensamiento independiente, su profunda moralidad y la veracidad de este testimonio hizo que todos los libros que antes me había dado Mr. Coates me resultaran insignificantes”, escribe Mohandas K. Gandhi en su libro autobiográfico *La historia de mis experimentos con la Verdad*.

Qué mejor apreciación para dar inicio a este prólogo, que pretende acompañar a un autor que ha marcado con su paso no sólo a la literatura universal, sino que, junto con ella, al poderoso pensamiento humanista de quien lo preconiza y que ya barruntaba en una de sus mejores novelas, *Guerra y paz*.

Sobre la tersa piel de uno de los libros más leídos, *Guerra y paz*, se va tendiendo la sinfonía de una de las mejores plumas que ha dado la Historia, en el discurrir de un pensamiento que ha ido abundando en el pacifismo a nivel mundial: Lev Nicolaiévich Tolstói.

El filósofo español Ortega y Gasset decía que el hombre es él y su circunstancia, y la circunstancia que llevó a Tolstói a sentarse a escribir *Guerra y paz*, sin dejar a un lado el deseo de recrear su historia familiar y la invasión francesa, fue una fractura del brazo izquierdo, al caerse de un caballo, y la circunstancia que llevó al mismo autor a escribir *Mi fe* o *El reino de Dios está en vosotros*, fue la creciente indignación ante la incongruencia de un pueblo, el suyo, el ruso, que con sus tradiciones ponía en alto su religiosidad, pero con sus acciones, la guerra.

Guerra y paz, título posterior a *Mundo y paz*, curiosamente en ruso, homónimos; *Paz y paz* se llamaría este libro del implacable creyente, quien ha ido influenciando, a lo largo del tiempo, a más de un activista social con espíritu devoto. Libro este,

de los más felices que tiene, antes de *Ana Karenina*, escrito en el año de 1864, en el que Tolstói contaba con 36 años de edad.

1864, un año en el que transcurría la Guerra de Secesión estadounidense, año en el que coincide que el gobierno de ese país se impusiera a su pueblo con un reclutamiento masivo, un servicio militar como asunto obligatorio a todos los ciudadanos, despropósito que tendrá las más misceláneas respuestas por parte de los *yankees*, dentro de las que encontramos un libro: *Afirmación de la no-resistencia*, de un menonita llamado Daniel Musser, predecesor de otros dos, por citar los menos, y de quienes se explaya Tolstói en los disertos de su libro *El reino de Dios está en vosotros*: William Lloyd Garrison, quien siguiendo las batallas de su padre funda, en 1838, la “Sociedad de la no-resistencia”, y de Adin Ballou quien, entre sus obras nos ofrece un preclaro “Catecismo de la no-resistencia”, así como el evidente interés y estudio acerca de los cuáqueros, bogomilos y paulicianos, quienes llevando su religión al extremo resultaban notables ejemplos a seguir por el ruso de oro.

Pasaron, pues, casi treinta años de la escritura de *Guerra y paz* y una serie de obras nacidas de su inspiración, antes de que el Conde de Yásnaia Poliana llegara a este ensayo del que nos habla, al arranque de este introito, M. Gandhi: *El reino de Dios está en vosotros*, del que seleccioné los dos primeros capítulos para este cuadernillo, considerándolos de suma importancia por su claro enfoque a la *no-resistencia* y que tienen su nutrición y sustento en la cita bíblica de Mateo 5, 39: “Pero yo les digo: No resistáis al que te haga algún mal...”

No sabemos qué tanto sí o qué tanto no, Lev Nikoláievich Tolstói lo resistió o no lo resistió, pues en su intensa biografía se narra la excomunió de que fue objeto dadas las denuncias hechas a la iglesia Ortodoxa, en su libro *Resurrección* y de la que se tiene en claro que él mismo no quiso resarcir, pues en su lecho de muerte solicitó que no se acercara ningún Pope.

Sin embargo, nos queda claro a lo largo de sus últimos paginarios, éstos que comienzan a nacer después de una profunda crisis ocurrida en 1880, cuando Tolstói empieza a considerarse a sí mismo más como un guía o un líder moral, que un escritor, y nos devela que es la tenacidad, el imperio de sus convicciones, en las que se evidencia la entraña de su amor y seguimien-

to a la doctrina de Cristo, en la que encuentra y ve el verdadero milagro, negando rotundamente cualesquiera otros milagros vistos por él, como un acicate para atraer al ignorante. De tal forma que le llama mandamiento a cada frase emitida por Cristo en los Evangelios, y para él cada instrucción es una ley a la que es menester acatar y toda aquella acción del Gobierno y de la Iglesia que no sea consecuente con la Palabra, es considerada como una categórica desconsideración y, por ende, alejamiento de Dios.

En la propuesta de la no-resistencia que cita Lev Tolstói, en su libro expuesto en estos capítulos del cuadernillo, Adin Ballou dice: “La no resistencia salva; la resistencia destruye”. Sentencia que llama nuevamente al interés en el origen de las palabras, de la misma que se retoma una y otra vez, o en aquélla en donde se pone la mira o el visor: “Resistencia”, resistir parece conllevar en su seno un esfuerzo por controlar una reacción de enojo, ira, violencia, como si fuera un reflejo de aquello que amenaza, siendo amenaza o volviéndose amenaza el mismo que resiste y por eso, entraña destrucción en el arrebato a fuerza de imponer fuerza que va debilitando al ser y a su “enemigo”.

Si se cambiara el enfoque de resistencia por paciencia, acunaría mejor el acto amoroso de no responder con violencia a la violencia, sino con la capacidad volitiva del entendimiento, y digo volitiva porque recurrir a ello nos llevaría a salir de la zona de confort, de la comodidad de estar como se esté, pudiendo estar en mejores condiciones.

Entendimiento porque es menester abrir las puertas de la conciencia que nos habita, que siempre está ahí, aliada y cómplice del alma, para quien eche mano de ella y la quiera ver y escuchar.

Quien entiende no necesita reprimir, resistir, oponerse, tolerar o combatir. Parece decirnos Adin Ballou que no es posible la Paz con resistencia. Sólo la Paz trascendente puede habitar al ser y desde ahí, luego entonces, se procede a la paz social.

Si el Evangelio dice: “No, resistáis...”, subsecuentemente y con el deseo de encontrar el orden nutricional, es imposible separar ambas palabras: *No resistáis*, aunque a veces pareciera que toma un giro diferente en la práctica, volviéndose en un simple *resiste*, aunque sea de otro modo, pero no desde el mismo lugar, en el sentir de un solo ser y su historia en el mundo y en la vida, cada

uno su Guerra y su Paz, para después llegar a lo que en hebreo implica *Shalom*. Verdad-belleza es el maridaje y blasón de todo escritor o pensador de urdimbre ética.

La estética está en el valor y en el valor o virtud, la Verdad, a la que Gandhi seguía, buscaba, experimentaba y llegó a habitar; a la que Tolstói percibió, obedeció y acató y a la que León Felipe le dedica su vida y vierte en más de un verso, tácita o de forma manifiesta:

“Me gusta remojar la palabra divina, amasarla de nuevo, ablandarla con el vaho de mi aliento, humedecer con mi saliva y con mi sangre el polvo seco de los Libros Sagrados y volver a hacer marchar los versículos quietos y paralíticos con el ritmo de mi corazón. Me gusta desmoronar esas costras que han ido poniendo en los poemas bíblicos la rutina milenaria y la exégesis ortodoxa de los púlpitos, para que las esencias divinas y eternas se muevan otra vez con libertad. Después de todo, digo otra vez que estoy en mi casa. El poeta, al volver a la Biblia, no hace más que regresar a su antigua palabra; porque, ¿qué es la Biblia más que una gran antología poética hecha por el Viento y donde todo poeta legítimo se encuentra? Comentar aquí, para este poeta, no es más que recordar, refrescar, ablandar, vivificar, poner de pie otra vez el verso suyo antiguo que modificaron los escribas. Cristo vino a defender los derechos de la Poesía contra la intrusión de los escribas, en este pleito terrible que dura todavía, como el de los sofistas contra la Verdad”¹.

Ésta es la no-resistencia... la defensa de la Palabra, ambos Leones, ambos poetas, ambos profetas, Tolstói y Camino Galicia, en tanto dan testimonio de sus batallas interiores en esa vía de perfeccionamiento que sólo a algunos les es dado y que ciertamente, no se revela de modo sencillo o espontáneo, pues el mismo Tolstói hacia el fin de sus días renegaba de su trabajo literario volcado en la primera parte de su vida y, en cambio, exaltaba toda su entrega al desarrollo de su pensamiento ético y moral guiado a la luz del Evangelio.

De ahí que haga constantes acentos en la doctrina de Cristo, como la real herencia o regalo a la humanidad; de ahí que León Felipe hable de la degustación de la Palabra Divina, como si se

tratara de la misma Eucaristía, de ese pan que nutre y que verdaderamente transforma.

De ahí que la indignación de Tolstói haya ido en aumento conforme su conciencia religiosa iba creciendo y moviéndolo a no callar, a no permitir, a no dejar de sentir rabia ante la incongruencia en el maltrato de los esclavos, los campesinos, los jóvenes llevados a la fuerza a declarar ante un tribunal, la mentira de desear servirle al Zar en las líneas militares y con fusil en mano, en ese teatro de lo absurdo, escenario en el que Gobierno y en ese caso, Iglesia Ortodoxa se confabulaban para la guerra, pidiendo al sacerdote el juramento ante la Biblia, de aquel –que fueron miles– joven, que sólo deseaba seguir al servicio de la labranza de sus parcelas y que en cambio, se le llamaba a matar.

Por no hablar de toda esa experiencia existencial que iba nutriendo su conciencia y sus teorías morales, cuando siendo joven pasaba largas temporadas en San Petesburgo, en ambientes disolutos, como gran jugador de apuestas, como bebedor, como un seductor irresistible de mujeres y quien, al volver al campo, a su finca de Yásnaia Poliana sintiera un espasmo de dolor al ver la vida de sus propios esclavos, el trato que se les daba y la pequeñísima porción de oxígeno social que se les daba para sobrevivir.

De esas experiencias, en un ser de feracidad ética y moral, se desprendieron su deseo y ejecución de liberar a sus esclavos y, no sólo eso, también el de crear una escuela para los siervos o exsiervos, en la que el fundamento de la instrucción era el Antiguo Testamento

Si bien *Guerra y paz* es una obra magistral en la que Tolstói nos expone generosamente la vida de la Rusia decimonónica, la invasión francesa, los usos y costumbres de cinco familias de la aristocracia, con magníficos e inolvidables personajes, también, ahí mismo, en esas páginas ya se asoman y nos regala extensos disertos filosóficos, éticos y morales acerca de la Historia, de ésa con mayúscula, de la que el autor nos dice:

“La Historia, es decir, la vida inconsciente, la vida común, la del enjambre de la Humanidad, se aprovecha de cada momento de la existencia (de cada uno) de los reyes como de un arma para conseguir sus propios fines”².

¹ Luis Rius. *León Felipe, poeta de barro*. [Biografía]. Colección Málaga, S.A. México, 1968.

² Lev N. Tolstói. *Guerra y paz*. Tomo 2. Alianza Editorial, Madrid, España, 2011.

Historia de la que poco se ha dicho, de la que no se ha escrito, de ésa que escapa a cualquier control humano por ser el espíritu del mundo y su hálito, de la que no tienen posibilidad de sucumbir, tampoco el mismo M. Kutúzov, ni el mismísimo Napoleón, genios militares empoderados por su inteligencia y capacidad de mando.

Guerra y paz. Lev Tolstói estuvo junto con su hermano enlistado en la milicia, vivió el Cáucaso y tuvo una estadía en Sebastopol, en Crimea, de la que nos cuenta en sus *Narraciones*, y son éstas las espaciales batallas, como aquéllas referidas con anterioridad, que lo fueron llevando a las interiores:

“He adquirido la convicción de que casi todos eran hombres inmorales, malvados, sin carácter, muy inferiores al tipo de personas que yo había conocido en mi vida de bohemia militar. Y estaban felices y contentos, tal y como puede estarlo la gente cuya conciencia no la acusa de nada”³.

El alma de este bate ya estaba tocada por la capacidad de ver, oír y seguir esa Verdad, de la que habla y experimenta Gandhi, de la que toca y mueve a León Felipe y de la que él, Tolstói, no pudo sucumbir, y en cambio termina por obedecer y la muestra en este libro que intitula: *El reino de Dios está en vosotros*, nombre tomado del Evangelio de Lucas (17:21), que dice:

“Habiéndole preguntado los fariseos cuándo vendría el reino de Dios, Jesús les respondió, y dijo: El reino de Dios no viene con señales visibles, ni dirán: ‘¡Mirad, aquí está!’, o: ‘¡Allí está!’ Porque he aquí, el reino de Dios entre vosotros está”.

Y Tolstói enarbola su pluma y toma la tinta de la semilla de la Palabra que ya iba haciendo congruencia con sus actos, y con su vida, tornándose en discípulo y apóstol no sólo de la no-resistencia, con ella, de la doctrina amorosa de los Evangelios, haciéndose él mismo misionero de esta Palabra viva, llevándola y compartiéndola, no obstante la censura y la marginación a la que fue sometida.

Si bien es cierto que en Rusia prohibieron cualquier edición de *El reino de Dios está en vosotros*, en cambio se publicó en Alemania, Inglaterra, Suiza e Italia, con gran éxito e interés por parte de sus sedientos lectores, como el mundo de hoy, de

³*Ibid.*

la palabra verdaderamente pacífica que traspase en su plenitud a quien la oiga, de forma tal, que quien lo haga no quede indiferente.

De ahí la frase popular de que “Nadie es profeta en su tierra”, Lev Nicoláievich Tolstói no se exime de esa sentencia, la confirma con su vida y su obra y vuelve los ojos del mundo hacia él, los ojos de quienes venían en esa sinergia por la Paz, cada uno desde su terruño y sus fronteras, con sus propias palabras y que Tolstói comparte de forma ingeniosa y magistral con nosotros, en estos capítulos del mencionado libro al que Gandhi ofrece gratitud y admiración.

* * *

Dijo entonces Pilato: “¿Luego tu eres rey?” Respondió Jesús: “Tú dices que yo soy rey; pues para esto he nacido y he venido al mundo, para que todo el que es de la verdad, oiga mi voz”. Díjole Pilato: “¿Qué es la verdad?” Respondió Jesús: “La verdad proviene del cielo”. Dijo Pilato: “¿No hay verdad sobre la tierra?” Y respondió Jesús a Pilato: “Estás viendo cómo son juzgados los que dicen la verdad por los que ejercen el poder sobre la tierra”⁴.

Alejandra Atala

⁴“Evangelio de Nicodemo”, *Evangelios Apócrifos*, editorial Porrúa, México, 1998.

**El reino de Dios
está en vosotros**

Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.
(Juan 8, 32)

Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar. Temed más bien a aquél que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.
(Mateo 10, 28)

Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres.
(1 Corintios 7, 23)

El reino de Dios está en vosotros o el cristianismo no como una doctrina mística, sino como una nueva concepción de la vida

EN 1884 ESCRIBÍ UN libro titulado *¿En qué consiste mi fe?*, en el cual expuse verdaderamente mis creencias.

Al exponer mis creencias en las enseñanzas de Cristo no pude dejar de expresar los motivos por los que no creo en la doctrina de la Iglesia –habitualmente llamada cristianismo–, y por qué razón considero que esta doctrina es errónea.

Entre las muchas desviaciones de esta doctrina respecto a las enseñanzas de Cristo señalé cuál es la principal, esto es, el no reconocer el mandamiento sobre la no-resistencia al mal con la violencia, que es la desviación más evidente que muestra la tergiversación que la doctrina de la Iglesia ha hecho de las enseñanzas de Cristo.

Sabía muy poco, como todos nosotros, acerca de lo que se había hecho, preconizado y escrito en el pasado respecto a la cuestión de la no resistencia al mal. Conocía lo que han manifestado sobre esta materia los Padres de la Iglesia –Orígenes, Tertuliano y otros–, así como la existencia de las llamadas sectas menonitas, la Comunidad de Herrnhuter y los cuáqueros, que no aceptan que los cristianos recurran a las armas y que se niegan a servir en el ejército. Pero lo que estas llamadas sectas habían hecho para dilucidar esta cuestión me era poco conocido.

Mi libro, como era de esperar, fue prohibido por la censura rusa, pero en parte por mi reputación como escritor y, en parte, porque el tema suscitaba interés entre la gente, fue difundido en Rusia en forma de manuscritos y litografías, y fue traducido en el extranjero. Esto originó que los que comulgan con mis ideas me hicieran llegar una serie de informaciones acerca de ensayos escritos sobre esta misma materia y, por otro lado, generó una serie de críticas a las ideas que yo había expuesto en mi libro.

En primer lugar hablaré sobre las informaciones que he recibido acerca de la historia de la cuestión de la no-resistencia al mal; después, sobre las opiniones respecto a esta materia por parte de los críticos, tanto religiosos (es decir, que profesan la religión cristiana) como laicos (es decir, que no profesan la religión cristiana). Finalmente hablaré sobre las conclusiones a las que he llegado gracias a los unos, a los otros y a los sucesos históricos que se han producido en los últimos tiempos.

L. Tolstói

I

Desde que se fundó el cristianismo sólo una minoría de personas ha profesado y profesa la doctrina de la no-resistencia al mal con la violencia

LAS PRIMERAS CARTAS que recibí tras la aparición de mi libro fueron las de los cuáqueros americanos. En estas cartas, los cuáqueros, que expresaban su interés por mis opiniones acerca de la ilegitimidad para todo cristiano de cualquier tipo de guerra y violencia, me proporcionaron detalles sobre su así llamada “secta”, que lleva más de doscientos años predicando las enseñanzas de Cristo acerca de la no-resistencia al mal con la violencia, y cuyos miembros nunca han recurrido, ni recurren a día de hoy, a las armas para defenderse. Junto con las cartas, los cuáqueros me mandaron folletos, revistas y libros a través de los cuales comprendí hasta qué punto, desde hacía muchos años, se había demostrado de un modo irrefutable el deber de todo cristiano de cumplir el mandamiento de la no-resistencia al mal con la violencia, y cómo había sido ya denunciada la falsedad de la doctrina de la iglesia, que admite las ejecuciones y las guerras.

Con toda una serie de razonamientos y textos que demuestran que la religión, fundada sobre el espíritu de paz y la benevolencia con las personas, es incompatible con la guerra –es decir, con la mutilación y el asesinato de seres humanos–, los cuáqueros afirman que nada ha contribuido tanto al oscurecimiento del mensaje y la verdad de Cristo a los ojos de los paganos, ni nada ha perjudicado tanto a la expansión del cristianismo por el mundo, como el hecho de que personas que dicen llamarse cristianas no reconozcan este mandamiento y admitan para los cristianos la guerra y la violencia.

“Las enseñanzas de Cristo –dicen los cuáqueros–, que han penetrado en las conciencias de las personas no a través de

la espada y la violencia, sino a través de la no-resistencia al mal, la mansedumbre, la resignación y el espíritu de paz, sólo pueden expandirse por el mundo con el ejemplo de la paz, la armonía y el amor entre sus discípulos”.

“El cristiano, según las enseñanzas de Dios, puede obrar únicamente con espíritu de paz con respecto a sus semejantes, y por ello no hay autoridad alguna que pueda obligarle a actuar en contra de las enseñanzas de Dios ni en contra de la naturaleza de todo cristiano”.

“Las leyes de un Estado pueden hacer que aquéllos que por sentido práctico intentan conciliar lo inconciliable traicionen la ley de Dios, pero para un cristiano, que cree sinceramente que seguir las enseñanzas de Cristo le llevará a la salvación, estas leyes no pueden tener ningún valor”.

Al conocer la labor de los cuáqueros y sus obras (Fox, Penn y especialmente un libro escrito por Dymond en 1827) comprendí que no solamente hace mucho que hay conciencia de la incompatibilidad entre el cristianismo, la violencia y la guerra, sino que esta incompatibilidad hace tiempo que fue demostrada de manera clara e inequívoca, y sólo cabe sorprenderse de que la Iglesia haya propugnado y siga propugnando esta conjunción imposible entre doctrina cristiana y violencia.

Además de estas informaciones que obtuve de los cuáqueros, me llegaron sobre la misma época otras similares también procedentes de América, pero de fuentes distintas, totalmente desconocidas para mí hasta entonces.

El hijo de William Lloyd Garrison, un famoso luchador por la libertad de los negros, me escribió que al leer mi libro y encontrar en él ideas parecidas a las que había formulado su padre en 1838, supuso que me resultaría interesante conocer este hecho, y por ello me envió la “Declaración o Proclamación de la no-resistencia”, la *non-resistance*, redactada por su padre cincuenta años antes.

Esta proclamación apareció en las siguientes circunstancias: William Lloyd Garrison, que en 1838 formaba parte de una sociedad que tenía como fin la consecución de la paz mundial entre los hombres y el cese de las guerras, llegó a la conclusión de que el establecimiento de la paz mundial po-

día basarse únicamente en un claro reconocimiento del mandamiento de la no-resistencia al mal con la violencia (Mateo 5, 39), con todo lo que ello conllevara, del mismo modo que lo entienden los cuáqueros, con los que le unían lazos de amistad. Cuando Garrison llegó a esta conclusión, redactó y propuso a su sociedad la siguiente declaración, que fue suscrita por muchos de sus miembros.

Declaración de los principios adoptados por los miembros de la sociedad fundada para la consecución de la paz en el mundo (Boston, 1838)

Nosotros, los abajo firmantes, creemos que es nuestro deber con relación a nosotros mismos, a esta causa que tanto estimamos, al país en el que vivimos y al resto del mundo proclamar nuestro credo, establecer sus bases, los objetivos que perseguimos y los medios a los que estamos dispuestos a recurrir para alcanzar una revolución mundial pacífica. He aquí nuestro credo.

No reconocemos a ningún gobierno. Reconocemos a un solo rey, una autoridad, un juez y gobernador sobre la Tierra. Nuestra patria es el mundo y nuestros compatriotas, la humanidad entera. Amamos a nuestra patria tanto como amamos al resto de los países. Los intereses y derechos de nuestros conciudadanos no son más importantes que los intereses y derechos del resto de la humanidad. Por este motivo, no aceptamos que ningún sentimiento patriótico justifique la venganza por las ofensas y daños inflingidos a nuestro pueblo...

Creemos que una nación no tiene derecho a defenderse ni a atacar a sus enemigos, así como tampoco ningún individuo tiene derecho a hacerlo. Una unidad no puede ser más importante que el conjunto de todas ellas. Si un Estado no tiene derecho a ofrecer resistencia contra los agresores foráneos, cuyo objetivo es devastar nuestra patria y fustigar a nuestros ciudadanos, tampoco debe ofrecer resistencia con la fuerza contra los individuos que alteren el orden público y amenacen la seguridad privada. La doctrina que propugna la Iglesia acerca de que todos los Estados de la Tierra han sido establecidos con la aprobación de Dios, y que los Gobiernos de los Estados Unidos, Rusia y Turquía están constituidos de acuerdo con la voluntad de Dios es tan ab-

surda como blasfema. Esta doctrina presenta a nuestro Creador como a un ser parcial, que instituye y alienta el mal. Nadie puede afirmar que los gobiernos de ningún Estado actúen frente a sus enemigos de acuerdo con las enseñanzas y según el ejemplo de Cristo. En consecuencia, la actividad de estos gobiernos no puede ser aceptada por Dios, ni éstos pueden estar constituidos conforme a Su voluntad. Por ello, los gobiernos deben ser derrocados, pero no con la violencia, sino mediante un renacimiento espiritual en las personas.

Reconocemos como anticristianas e ilegales no sólo las guerras –tanto las ofensivas como las defensivas–, sino todos sus preparativos: constitución de arsenales, fortificaciones, navíos de guerra; reconocemos como anticristianas e ilegales la existencia de cualquier ejército regular, cualquier mando militar, cualquier monumento erigido para conmemorar las victorias o las derrotas del enemigo, cualquier trofeo conseguido en un campo de batalla, cualquier celebración de las hazañas bélicas, cualquier usurpación mediante las armas; reconocemos como anticristiano e ilegal cualquier decreto del gobierno que exija a sus súbditos servir en el ejército.

En consecuencia, consideramos que para nosotros no sólo es imposible servir en el ejército, sino también ocupar cualquier cargo que nos obligue a forzar a otros a comportarse bien bajo amenazas de cárcel o pena de muerte. Por tanto, nos excluimos de manera voluntaria de cualquier institución gubernamental, renunciamos a la política, a honores terrenales y a cargos de poder.

Así como no nos reconocemos con el derecho de ocupar ningún cargo en instituciones gubernamentales, tampoco nos reconocemos con derecho a participar en la elección de otras personas. Del mismo modo, no tenemos derecho a pelear con nadie para hacer que nos devuelva lo que nos haya usurpado. Consideramos que debemos entregar el caftán a quien nos haya arrebatado la camisa, y en ningún caso podremos someterlo al castigo. (Mateo 5,40).

Creemos que la ley del talión del Antiguo Testamento, “ojo por ojo, diente por diente”, fue abolida por Jesucristo. Conforme al Nuevo Testamento, todos sus discípulos han predicado el perdón al enemigo en vez de la venganza, en todos los casos y sin excepción alguna. Es evidente que exigir mediante la violen-

cia, encarcelar, deportar o ejecutar no constituye un perdón a las ofensas, sino una venganza.

La historia de la humanidad está llena de evidencias que demuestran que la violencia física no es compatible con el renacimiento moral, que la inclinación a pecar de las personas puede ser vencida únicamente con el amor, que el mal puede ser destruido solamente con el bien, que no debemos confiar en la fuerza de las manos para defendernos del mal, que la verdadera seguridad se encuentra en la bondad, en la paciencia infinita y en la misericordia, que solamente los dóciles heredarán la tierra, y que los que alcen la espada, a espada morirán.

Y para salvaguardar la vida, la propiedad, la libertad, el orden público, el bien individual de las personas, y para cumplir la voluntad del que es Rey de reyes y Señor de señores, tomamos de todo corazón la “no-resistencia al mal con el mal” como dogma fundamental, porque creemos firmemente que este dogma, que da respuesta a todos los azares posibles y que expresa la voluntad de Dios, acabará triunfando sobre las fuerzas malignas. No propugnamos una doctrina de la revolución, pues el espíritu de la revolución es el espíritu de la venganza, de la violencia y el asesinato, y éste no teme a Dios, ni respeta al individuo. Y lo que deseamos nosotros es estar llenos del espíritu de Dios. Fieles a nuestra doctrina de la no-resistencia al mal con el mal, no conspiraremos, ni urdiremos revueltas, ni generaremos violencia. Nos someteremos a toda ley y a toda imposición del gobierno, exceptuando aquellas exigencias que sean contrarias al Evangelio. Mostraremos una total sumisión si nos es impuesto un castigo por insubordinación. Así como nuestra intención es soportar todos los ataques que recibamos sin ofrecer resistencia alguna, también lo es combatir sin tregua el mal que reina en el mundo, allá donde esté, en las altas o bajas esferas, en los ámbitos político, administrativo y religioso, haciendo todos los esfuerzos posibles para conseguir que el reino de la Tierra se funda con el reino de nuestro Señor Jesucristo.

Consideramos como una verdad incuestionable que todo aquello que es contrario al Evangelio y a su espíritu está destinado a la destrucción y, en efecto, debe ser destruido inmediatamente. Por tanto, creemos en la profecía de que llegará un tiem-

po en el que de las espadas se hagan arados y de las lanzas, hoces, y debemos contribuir a esta causa con todas nuestras fuerzas, sin demora alguna. Todo aquél que fabrica, vende, hace uso de armas, o el que contribuye a su difusión, se está armando contra el demonio de la paz del hijo de Dios en la Tierra.

Una vez establecidos nuestros principios exponemos a continuación el modo con el que confiamos alcanzar nuestro objetivo. Esperamos vencer mediante la “locura de la predicación”.

Trataremos de difundir nuestras ideas entre todas las personas, sea cual sea su nacionalidad, religión o estrato social. Para ello organizaremos lecturas públicas, repartiremos folletos, crearemos una sociedad y presentaremos peticiones en todas las instituciones gubernamentales. Perseguiremos con todos los medios que estén en nuestra mano un cambio radical en las opiniones, sentimientos y acciones de nuestra sociedad con relación a la pecaminosidad que supone el uso de la violencia contra el enemigo, ya sea interno o foráneo. Al embarcarnos en esta gran empresa comprendemos perfectamente que nuestra sinceridad se verá sometida a pruebas muy duras. Nuestra misión nos acarreará injurias, ofensas, sufrimiento e incluso la muerte. Nos aguardan la incomprensión, las tergiversaciones y las calumnias. Una tempestad se cernirá sobre nosotros y todo puede unirse en contra de nosotros: el orgullo y fariseísmo del gobierno y el poder, su ambición y crueldad; todos se unirán para destruirnos. Así es como actuaron frente al Mesías, al cual intentamos emular en la medida de lo posible. Pero ninguno de estos horrores nos atemoriza. No confiamos en las personas, sino en Dios todopoderoso. Y si hemos renunciado a la protección de los hombres, ¿en qué vamos a sostener, sino es en la fe que triunfará en el mundo? No nos harán vacilar las pruebas a las que seamos expuestos y nos hará dichosos ser dignos de compartir los sufrimientos de Cristo.

Por todo esto entregamos nuestras almas a Dios, porque creemos que quien abandona su hogar, sus tierras, a sus hermanos, hermanas, padre, madre, mujer e hijos por la voluntad de Cristo, recibirá cien veces más y obtendrá la vida eterna.

Así pues, y a pesar de todo lo que contra nosotros se pueda cernir, creemos firmemente que los fundamentos que hemos expresado en esta declaración triunfarán en todo el mundo; de-

claración que firmamos, confiando en la inteligencia y la conciencia de la humanidad, pero sobre todo en la fuerza de Dios, al cual nos encomendamos.

A esta declaración le seguía una revista titulada *Non-resistant*, en la cual se propugnaba la doctrina de la no-resistencia al mal con todo su significado y consecuencias, del mismo modo que se había expresado en la proclamación. Conocí el destino que tuvo la sociedad y la revista gracias a una excelente biografía sobre W. L. Garrison, escrita por sus hijos.

Tanto la sociedad como la revista tuvieron una corta existencia: la mayoría de los colaboradores de Garrison en la lucha contra el esclavismo, temiendo que las exigencias demasiado radicales expresadas en la revista *Non-resistant* apartaran a la gente de la causa de la liberación de los negros, renunciaron a la doctrina de la no-resistencia, tal como había sido expuesta en la proclamación.

Esta declaración de Garrison, que había expresado de un modo tan firme y elocuente una profunda profesión de fe, parecía que tenía que sorprender a la gente, darse a conocer en el mundo y convertirse en objeto de profundas discusiones. Pero nada de esto ocurrió. No sólo pasó inadvertida en Europa, sino también entre los americanos, a pesar de tener en tan alta estima la memoria de Garrison.

La misma suerte corrió otro defensor de la no-resistencia, el americano Adin Ballou, fallecido recientemente, y que durante cincuenta años propugnó esta doctrina. Algo que nos demuestra hasta qué punto ha pasado inadvertido todo lo relacionado con esta doctrina lo vemos en el hecho de que el hijo de Garrison, que ha escrito una maravillosa biografía sobre su padre en cuatro grandes tomos, a mi respuesta sobre si existe en la actualidad esta “Sociedad de la no-resistencia” y si tiene seguidores, me contestó que, por lo que él que sabe, esta sociedad se disolvió y ya no quedan seguidores de esta doctrina. Y eso a pesar de que por aquel entonces yo había recibido cartas de Adin Ballou, que vivía en Hopedale (Massachusetts), y que había participado en los trabajos de Garrison y dedicado cincuenta años de su vida a la prédica, tanto oral como escrita, de la doctrina de la no-resistencia.

Más tarde recibí una carta de Wilson, un discípulo y ayudante de Ballou, con el cual finalmente entablé conocimiento. Escribí a Ballou, y éste me respondió enviándome algunas de sus obras. He aquí un extracto de ellas:

“Jesucristo es mi señor y maestro –escribe Ballou en uno de sus artículos, en el que denuncia la contradicción entre ser cristiano y reconocer al mismo tiempo el derecho a la autodefensa y a la guerra–. Prometí abandonarlo todo para seguirle a él, en lo bueno y en lo malo, hasta la hora de mi muerte. Pero soy ciudadano de la república democrática de los Estados Unidos, a la que juré fidelidad, y también juré que defendería la Constitución de mi país con mi vida si era necesario. Cristo me exige que haga a los otros lo que querría para mí mismo. La Constitución me exige que haga con dos millones de esclavos [antes se trataba propiamente de esclavos, en la actualidad, sin duda alguna, su lugar ha sido ocupado por los obreros] lo contrario de lo que me gustaría que hicieran conmigo, es decir, contribuir a la perpetuación de la esclavitud. A pesar de ello sigo participando en elecciones para elegir o para ser elegido, ayudo a gobernar, y estoy dispuesto incluso a ser escogido para cualquier puesto gubernamental. Pero esto no me impide ser cristiano. Continúo profesando la fe, y no encuentro dificultades en cumplir al mismo tiempo con los preceptos de Cristo y con los de mi gobierno.

“Jesucristo me prohíbe resistirme a los que hagan el mal mediante el ‘ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre, o vida por vida’.

“Mi gobierno me exige justamente lo contrario, y basa su autodefensa en la horca, el fusil y la espada, que utilizaré contra el enemigo interno y contra el foráneo. Por consiguiente, mi país se pertrecha de horcas, prisiones, arsenales, buques de guerra y soldados.

“A la vez que mantenemos y empleamos estos carísimos y mortíferos dispositivos podemos, con suma facilidad, practicar la virtud de ‘perdonar a nuestros ofensores, amar al enemigo, bendecir a quien nos maldiga y hacer el bien a quien nos odie’. Para este fin contamos con los sacerdotes cristianos:

para que recen por nosotros y reconozcan como una bendición de Dios nuestros asesinatos sagrados. Soy consciente de todo esto (es decir, de la contradicción que existe entre la profesión de fe y la vida), pero sigo profesando la fe y formando parte del gobierno, y me enorgullezco de ser al mismo tiempo un cristiano devoto y un entregado servidor a mi gobierno. No quiero convenir con ese disparatado concepto de la ‘no-resistencia’. No puedo renunciar a mi influencia y con ellos permitir que gente inmoral esté al mando de mi gobierno. La Constitución establece que el gobierno tiene derecho a declarar la guerra, y estoy de acuerdo con este principio y lo respaldo, y juro que lo apoyaré. Pero no por eso dejo de ser cristiano, porque la guerra es también una demanda cristiana. ¿O acaso no es cristiano matar a cientos de miles de hermanos, violar mujeres, destruir y quemar ciudades y cometer toda clase de atrocidades? Es hora de abandonar esos falsos sentimentalismos, porque éste es el medio más auténtico de perdonar las ofensas y de amar al enemigo: no existe nada más cristiano que el asesinato indiscriminado si está basado en el sentimiento del amor”.

En otro folleto titulado *¿Cuántos hombres son necesarios para que un crimen se convierta en virtud?* escribe:

“Un individuo no debe matar. Si mata, es un criminal, un asesino. Si esto mismo lo hacen dos, diez o cien personas, también son asesinos. Sin embargo, un Estado o una nación puede matar todo lo que le venga en gana, y esto ya no será considerado como un asesinato, sino como algo grande y noble. Basta con reunir a muchos hombres para que la masacre de decenas de miles de personas se convierta en algo inocente. ¿Pero exactamente cuántos hombres son necesarios para que esto ocurra? He aquí la cuestión. Uno solo no puede robar, saquear, pero una nación entera sí que puede. ¿Pero cuántos individuos son necesarios? ¿Por qué uno, diez o cien hombres no deben violar la ley de Dios, y en cambio muchos de ellos juntos sí pueden hacerlo?”

He aquí el catecismo de Ballou que escribió para sus parroquianos:

Catecismo de la no-resistencia*

Pregunta: ¿De dónde procede la expresión de la “no-resistencia”?

Respuesta: Del versículo “no resistáis al mal” (Mateo 5, 39).

P: ¿Qué significa esta expresión?

R: Expresa la máxima virtud cristiana dispuesta por Cristo.

P: ¿Hay que entender la expresión “no-resistencia” en un sentido amplio? Es decir, ¿nos indica que no hay que oponer ningún tipo de resistencia al mal?

R: No, hay que comprenderla en el sentido estricto de las enseñanzas del Salvador, es decir, no se debe pagar el mal con el mal. El mal se ha de combatir con acciones virtuosas, pero nunca con el mal.

P: ¿En qué vemos que Cristo le otorgue este sentido a la “no-resistencia”?

R: En las palabras que dijo al respecto: “Oísteis que fue dicho: *ojo por ojo y diente por diente*. Pero yo os digo: no resistáis al que es malo. Al contrario, si alguno te abofetea en una mejilla, preséntale la otra. Y al que quiere pelear contigo para robarte la túnica, cédele también el manto”.

P: ¿A quién se refería cuando decía “oísteis que fue dicho”?

R: A los patriarcas y a los profetas, y a lo que éstos anunciaron en el Antiguo Testamento, al que los judíos suelen denominar *Ley y profetas*.

P: ¿A qué precepto entendía Cristo que concernían las palabras “os fue dicho”?

R: A los preceptos conforme a los cuales Noé, Moisés y otros profetas admiten el derecho a causar el mal a quien lo haya infringido, para así castigarlo y acabar con las acciones malignas.

P: Denos algún ejemplo de tales preceptos.

R: “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada” (Génesis 9, 6).

“El que hiriere a alguno, haciéndole así morir, él morirá”.

“Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie,

quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe” (Éxodo 21, 12, 23-25).

“Asimismo el hombre que hiere de muerte a cualquier persona, que sufra la muerte”. “Y el que causare lesión en su prójimo, según hizo, así le sea hecho: rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente” (Levítico 24, 17, 19-20).

“Y los jueces inquirirán bien; y si aquel testigo resultare falso, y hubiere acusado falsamente a su hermano, entonces haréis a él como él pensó hacer a su hermano”. “Y no le compadecerás; vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie” (Deuteronomio 19, 18, 21).

Éstos son los preceptos a los que se refiere Jesús. Noé, Moisés y los profetas nos enseñaron que aquél que mate, mutilo o atormentamente a sus semejantes, hace el mal. Para resistirse a este mal y destruirlo, hay que castigar a quien lo haga con la muerte, la mutilación o con cualquier tormento. La ofensa debe ser respondida con otra ofensa, el asesinato con el asesinato, la tortura con la tortura y el mal con el mal. Así es como nos lo enseñaron Noé, Moisés y los profetas. Pero Jesucristo rechaza todos estos preceptos y nos dice en el Evangelio: “Yo os digo que no resistáis al que es malo, no respondáis a la ofensa con otra ofensa, mas soportad las ofensas del que haga el mal”. Lo que se había permitido, se prohíbe. Cuando comprendemos el tipo de resistencia que los profetas predicaban entendemos perfectamente qué tipo de resistencia nos enseña Jesús.

P: ¿Permitían los profetas resistir a la ofensa con otra ofensa?

R: Sí, pero Jesús nos los prohibió. Un cristiano no tiene ningún derecho a quitar una vida o a infringir una ofensa a un semejante que haya hecho el mal.

P: ¿Puede un cristiano matar o mutilar a otro para defenderse?

R: No.

P: ¿Puede acudir a un tribunal con el fin de que el ofensor sea castigado?

R: No, pues lo que se hace a través de otros, lo está haciendo en realidad uno mismo.

P: ¿Puede luchar en un ejército contra el enemigo extranjero, o contra motines dentro de su país?

R: En absoluto. No puede tener ningún tipo de participación en la guerra o en preparativos bélicos. No puede hacer uso de armas mortíferas, no puede resistir a las ofensas con otra ofensa,

* Traducción libre, con algunas omisiones. (N. del A.)

independientemente de si lo hacen en solitario o junto con otros, e independientemente de si lo hace él mismo o a través de otros.

P: ¿Puede ayudar de forma voluntaria al gobierno en el reclutamiento de soldados y en la formación de tropas?

R: No puede hacer nada de esto si quiere ser fiel a la ley de Cristo.

P: ¿Puede aportar dinero de manera voluntaria a un gobierno que se fundamenta en la fuerza militar, en la pena de muerte y violencia?

R: Sólo en el caso de que este dinero vaya a ser destinado a alguna causa justa, cuyos objetivos y medios sean para hacer el bien.

P: ¿Puede un cristiano pagar impuestos a un gobierno así?

R: No, no debe pagarlos voluntariamente, pero tampoco debe resistirse a su recaudación. El gobierno exige a sus súbditos pagar impuestos, ya sea a favor o en contra de su voluntad, por lo que es imposible negarse a ello sin recurrir a la violencia. Dado que el cristiano no puede recurrir a la violencia, no debe oponerse a la pérdida de *sus propiedades*, exigidas por las autoridades.

P: ¿Puede un cristiano votar en unas elecciones, formar parte de un tribunal o de algún órgano gubernamental?

R: No, porque al hacerlo toma parte en la violencia que genera el gobierno.

P: ¿Cuál es el auténtico sentido de la doctrina de la no-resistencia?

R: Su sentido es que sólo ella permite arrancar el mal de raíz, tanto del corazón de uno mismo, como del corazón de un semejante. Esta doctrina prohíbe hacer aquello que perpetúa y multiplica el mal en el mundo. Aquél que ataca a otra persona o que le causa alguna ofensa está encendiendo su odio, raíz de todo mal. Ofender a un semejante porque éste nos ha ofendido –como si vencer al mal consistiera en repetir esa misma mala acción sobre tu semejante o sobre ti mismo significaría *engendrar* (o por lo menos *liberar y alentar*) al mismo demonio que intentamos desterrar. Satán no puede ser desterrado por Satán, la mentira no puede ser limpiada con la mentira, y el mal no puede ser vencido con el mal.

La auténtica *no-resistencia* es la única resistencia real al mal, porque destroza la cabeza de la serpiente, y mata y extirpa definitivamente el sentimiento maligno.

P: Pero si éste es el auténtico sentido de esta doctrina, ¿puede ser ésta llevada a la práctica?

R: Sí, del mismo modo que las otras acciones de bien que nos dicta la ley de Dios. El bien no puede ser practicado en todas las circunstancias sin abnegación, privaciones, sufrimiento y, en último extremo, sin la pérdida de la propia vida. Pero aquél que valora más su propia vida que el cumplimiento de la voluntad de Dios, ya está muerto para la única vida auténtica. Una persona así, al tratar de salvar su vida, está perdiéndola. Además, allí donde la no-resistencia se cobra el sacrificio de una vida o de un bien material, la resistencia se cobra miles de sacrificios.

La no-resistencia salva; la resistencia destruye.

Es incomparablemente más seguro actuar de manera justa que hacerlo de manera injusta, y soportar una ofensa que resistirse a ella con la violencia. Es incluso más seguro para la vida del individuo. Si nadie resistiera al mal con el mal, nuestro mundo sería dichoso.

P: Pero si sólo unos pocos obran de este modo, ¿qué será de ellos?

R: Si así obrara un hombre, aunque fuera uno solo y los demás decidieran crucificarlo, ¿no sería más noble morir en el triunfo del amor de la no-resistencia, perdonando al enemigo, que vivir portando la corona de un César, salpicado de la sangre de los adversarios? Pero si una o mil personas deciden firmemente no resistir al mal con el mal, ya sea entre gente ilustrada o entre salvajes, estarán mucho más a salvo de la violencia que aquéllos que confían en ella. El bandido, el asesino y el embustero les dejarían tranquilos a ellos antes que a aquéllos que resisten con las armas. Los que alzan las espadas mueren bajo éstas, pero los que buscan la paz, y actúan de manera fraternal e inofensiva, olvidando y perdonando las ofensas, en su mayor parte disfrutan de la paz, y si mueren, lo hacen bendecidos por Dios.

De este modo, si todos los hombres siguieran el mandamiento de la no-resistencia, no habría ni ofensas ni crímenes. Si fueran mayoría, establecerían el mandato del amor y la benevolencia incluso entre los ofensores, sin resistir al mal con el mal, y sin recurrir a la violencia. Si estos hombres formaran una minoría suficientemente numerosa, producirían una influencia moral tan reeducativa en la sociedad que todos los castigos serían abolidos, y la violencia y la discordia serían re-

emplazadas por la paz y el amor. Si formaran una minoría poco numerosa, rara vez sufrirían algo peor que ofensas del mundo; sin embargo, el mundo, sin ser consciente ni mostrar agradecimiento, se volvería poco a poco más sabio y bueno, gracias a esta influencia secreta. Y si en el peor de los casos, algunos de los miembros de esta minoría fueran perseguidos hasta la muerte, estos mártires de la verdad dejarían tras de sí sus enseñanzas, iluminadas por su sangre santificada.

Que la paz esté con quien la busque, y que el amor triunfal sea la herencia imperecedera de toda alma que voluntariamente se someta a la ley de Cristo: “No resistáis al mal con la violencia”.

Durante cincuenta años, Ballou escribió y editó libros principalmente sobre la cuestión de la no-resistencia al mal con la violencia. En estas obras, magníficas por la claridad de sus ideas y la belleza con la que están formuladas, la cuestión está analizada desde todos los ángulos posibles. En ellas Ballou establece como exigencia el mandamiento de la no-resistencia para todo cristiano que crea en la Biblia como en una revelación divina. Cita las principales objeciones que se hacen en el Antiguo y en el Nuevo Testamento a este mandamiento –como, por ejemplo, la expulsión del templo, etcétera-. Muestra que, con independencia de las Escrituras, es muy sensato llevar esta conducta a la práctica, expone las objeciones que se le suelen hacer y, finalmente, las rebate.

Así, en un capítulo de una de sus obras aplica la no-resistencia al mal a situaciones excepcionales, y afirma que si hubiera casos en los que fuera imposible aplicar esta norma, se evidenciaría su inconsistencia. Pero Ballou demuestra que es precisamente en estas situaciones excepcionales cuando recurrir a la no-resistencia es lo más útil y razonable. No hay ni un solo aspecto de esta cuestión, tanto desde el punto de vista de sus defensores como del de sus detractores, que no haya sido examinado en estas obras. Digo todo esto para mostrar el indudable interés que estos escritos tendrían que haber despertado entre la gente que profesa el cristianismo, que la labor de Ballou tendría que haber tenido una gran resonancia, y sus ideas tendrían que haber sido aceptadas o refutadas. Sin embargo, nada de esto sucedió.

La labor de Garrison padre, con la fundación de la “Sociedad de la no-resistencia” y su Declaración, me convenció –aún

más que mi correspondencia con los cuáqueros– de que el divorcio entre el cristianismo oficial y las enseñanzas de Cristo es algo que se viene denunciado desde hace mucho, y que muchas personas trabajan y siguen trabajando para denunciar este hecho. La labor de Ballou me confirmó aún más todo esto. Pero los destinos de Garrison y, especialmente, de Ballou, desconocidos a pesar de haber dedicado cincuenta años de trabajo obstinado y continuado a esta cuestión, me confirmaron que existe un acuerdo táctico pero muy firme de acallar todas estas ideas sobre la resistencia al mal con la violencia.

Ballou murió en 1890, y su necrológica salió publicada en una revista americana de tendencia cristiana (*Religio-Philosophical Journal*, August 23). En esta elogiosa necrológica se alude a su labor como pastor de una parroquia, se menciona que pronunció entre ocho y nueve mil sermones, que casó a mil parejas y que escribió alrededor de quinientos artículos, pero no se dice ni una sola palabra sobre la labor a la que Ballou dedicó toda su vida, ni siquiera se menciona la expresión “no-resistencia”.

Es como si todo lo que los cuáqueros llevan doscientos años proclamando, la labor de Garrison (la fundación de la sociedad y de la revista, la *Declaración*) y la obra de Ballou no existieran y nunca hubieran existido.

Un asombroso ejemplo de la falta absoluta de difusión que han sufrido las obras dedicadas a difundir la no-resistencia al mal con la violencia y a acusar a aquéllos que no reconocen este mandamiento, lo tenemos en la suerte que ha corrido un libro del checo Chelcicky, que recientemente ha salido a la luz y que aún hoy en día sigue sin publicarse.

Poco después de que mi libro apareciera traducido al alemán recibí una carta de un profesor de la Universidad de Praga en la que me hablaba de la existencia de una obra que nunca había sido publicada, titulada *La red de la verdadera fe*, escrita por un teólogo checo del siglo xv llamado Chelcicky. En esta obra –me escribía el profesor–, Chelcicky había expuesto cuatro siglos antes las mismas ideas que yo había defendido en el libro *¿En qué consiste mi fe?*, acerca del auténtico y el falso cristianismo. Esta obra iba a salir publicada en checo por primera vez en la revista de la Academia de las Ciencias de San Petersburgo. Puesto que no logré encontrarla, me interesé en conocer lo que se había escrito sobre Chelcicky, información que obtuve gracias a un

libro alemán que me envió un profesor de París, y también al historiador literario Pypin que, en su *Historia de la literatura checa*, dice:

“*La red de la verdadera fe* es la doctrina de Cristo, que debería arrancar al hombre de las oscuras profundidades de lo mundano y de sus mentiras. La auténtica fe consiste en creer en la palabra de Dios, pero en estos tiempos los hombres toman la auténtica fe por una herejía, y por este motivo corresponde al raciocinio mostrarnos en qué consiste esta fe cuando alguien la ignora. La gente ya no reconoce la auténtica ley de Dios porque las tinieblas nos la han ocultado.

”Para explicar esta ley Chelcicky se fija en la estructura del cristianismo primitivo, estructura, afirma el autor, que actualmente es considerada por la Iglesia romana como una herejía abominable.

”Para Chelcicky, la estructura social ideal se basa precisamente en esta Iglesia primitiva, formada sobre los principios de igualdad, libertad y fraternidad. Según el autor, el cristianismo contiene aún estos tres elementos, y sólo es necesario que la sociedad retome esta doctrina primigenia. Cuando esto ocurra, cualquier estructura social que necesite de reyes y de papas resultará inútil, porque nos bastará con la ley única del amor...

”Desde un punto de vista histórico, Chelcicky relaciona la decadencia del cristianismo con los tiempos de Constantino el Grande, al que el papa Silvestre introdujo en el cristianismo junto con todas sus costumbres paganas y su estilo de vida. A su vez, Constantino colmó al Papa de riquezas mundanas y de poder. A partir de ese momento, no dejaron de ayudarse mutuamente, con el único objetivo de lograr la gloria. Los doctores, los magistrados y el clero empezaron entonces a preocuparse únicamente en someter al mundo bajo su imperio, armaron a las personas para que se matara y robaran entre sí, y acabaron aniquilando por completo la esencia del cristianismo, tanto en la fe como en la vida. Chelcicky repudia el derecho a la guerra y a la pena de muerte, porque cualquier guerrero, incluso si se trata de un ‘caballero’ no es más que un violador, un canalla y un asesino”.

Estas mismas ideas las encontramos en el libro alemán sobre Chelcicky, que aporta además detalles biográficos y citas extraídas de su correspondencia.

Después de haber conocido la esencia de la doctrina de Chelcicky esperé con gran impaciencia la publicación de *La red de la verdadera fe* en la revista de la Academia, pero pasaron uno, dos y tres años, y el libro seguía sin aparecer. En 1888 me enteré de que habían empezado a imprimir esta obra, pero que finalmente habían decidido no concluirla. Pude conseguir las galeras de lo que sí habían impreso, y así fue cómo logré leer el libro. Se trata de una obra magnífica desde todos los puntos de vista, y Pypin había transmitido su contenido de un modo absolutamente fiel.

La idea fundamental de Chelcicky consiste en que el cristianismo, al unirse con el poder en tiempos de Constantino y evolucionar bajo estas condiciones, acabó por corromperse y dejó de ser cristianismo. Chelcicky toma el título de *La red de la verdadera fe* de un versículo del Evangelio acerca del llamamiento que se hace a los discípulos a convertirse en “pescadores de hombres” y, continuando con esta metáfora, afirma:

“Gracias a los discípulos, Cristo atrapó en su ‘red de la fe’ al mundo entero, pero los peces grandes perforaron la red, saltaron fuera de ella, y, a través de los agujeros que habían hecho, escaparon los demás peces, por lo que la red quedó casi vacía”.

Los peces grandes que perforan la red son los soberanos, emperadores, papas y reyes que, al no haber renunciado al poder, no abrazaron el cristianismo, sino solamente su disfraz.

Chelcicky predica lo mismo que predicaban y predicán hoy en día los menonitas, cuáqueros y, antes que ellos, los bogomilistas, paulicianos, y otros. Afirma que el cristianismo –que exige a sus fieles docilidad, resignación, misericordia, perdón por la ofensas recibidas, poner la otra mejilla al recibir un golpe y amar al enemigo– es incompatible con la violencia, condición esencial de todo poder o autoridad.

Según la interpretación que hace Chelcicky, los cristianos no sólo deben renunciar a ser jefes o soldados, sino que tampoco

pueden formar parte en ningún modo de los órganos de gobierno, ni ser comerciantes ni terratenientes; únicamente pueden ser artesanos o agricultores.

Ésta es una de las escasas obras que han logrado sobrevivir a las quemaduras de libros que cuestionaban el cristianismo oficial. Los libros como éste, considerados heréticos, ardieron en la hoguera junto a sus autores, de modo que han llegado hasta nosotros poquísimas obras que denuncien la aberración del cristianismo oficial. Este hecho le confiere a esta obra un interés muy especial.

Además de tratarse de un libro interesante desde todos los puntos de vista, también es una de las obras más admirables del pensamiento humano por la profundidad de sus ideas, por la increíble fuerza y belleza del lenguaje popular con el que está escrito, y por su antigüedad. Sin embargo, tras más de cuatro siglos sigue sin ser publicado ni ser conocido por el público, con la excepción de los estudiosos y eruditos en la materia.

Parecería que trabajos como los de los cuáqueros, Garrison, Ballou y Chelcicky, que afirman y demuestran mediante el Evangelio que nuestro mundo interpreta de un modo erróneo la doctrina de Cristo, tendrían que suscitar interés, generar revuelo, polémica tanto entre los pastores de la Iglesia como entre sus feligreses. Obras como éstas, que tratan de la esencia misma de la doctrina cristiana, tendrían que ser estudiadas y reconocidas como justas, o bien ser repudiadas y rebatidas. Pero nada de esto ha ocurrido, y con todas ellas se repite lo mismo: todo el mundo, sea cual sea su forma de pensar, tanto creyentes como ateos liberales –y esto último es sorprendente–, guarda absoluto silencio sobre el tema, como si se tratara de una conspiración, y todos los esfuerzos que se han hecho para explicar el auténtico sentido de las enseñanzas de Cristo han pasado desapercibidos o han sido olvidados.

Pero aún más sorprendente es el desconocimiento que hay acerca de dos obras que leí tras la aparición de *¿En qué consiste mi fe?*; se trata de un libro titulado *On war* (“Sobre la guerra”), escrito por Dymond y editado por primera vez en Londres en 1824, y de otro titulado *Sobre la no-resistencia*, escrito por Daniel Musser en 1864. Este desconocimiento es sorprendente porque, aparte de las cualidades innegables de estos libros, ambos

tratan de la actitud que debe adoptar el cristianismo frente al servicio militar, y no sólo desde un punto de vista teórico, sino llevando la teoría a la vida real, algo especialmente importante e interesante ante el sistema del servicio militar obligatorio que impera en el mundo.

Tomemos la siguiente pregunta: ¿cómo debe actuar un ciudadano que cree que la guerra es incompatible con su religión, pero cuyo gobierno le exige que sirva al ejército?

Ésta es una cuestión candente, que necesita ser respondida en vista del sistema actual que obliga a realizar el servicio militar. Todos los hombres –o al menos la mayoría– son cristianos, y todos ellos son llamados a filas. ¿Cómo debe responder entonces un cristiano ante este deber?

He aquí la respuesta de Dymond:

“Su deber es negarse de forma pacífica pero firme a servir en el ejército”.

Hay gente que, por algún motivo y sin haber reflexionado al respecto, llega a la conclusión de que la responsabilidad de las medidas que adopta un Estado recae únicamente en quien da las órdenes, que el gobierno y los soberanos deciden lo que es bueno o malo para sus súbditos, y éstos están obligados a acatar órdenes. Creo que un razonamiento como éste ofusca la conciencia de las personas: “No puedo negarme a obedecer las órdenes de mi gobierno, por consiguiente no soy responsable de sus crímenes”. Esto es cierto, no somos responsables de los crímenes de los gobernantes, pero sí lo somos de nuestros crímenes. Y los de ellos se convierten en los nuestros si, a pesar de saber que se trata de crímenes, colaboramos en su perpetración... Aquellos que consideran que están obligados a obedecer a su gobierno y que la responsabilidad de los crímenes que cometen se transfiere a sus gobernantes, se están engañando a sí mismos.

Afirman: “Sometemos nuestros actos a la voluntad de otras personas, y por tanto estos actos no pueden ser ni malos ni buenos; en nuestras acciones no hay méritos por lo bueno, ni responsabilidades por lo malo, ya que no las realizamos por propia voluntad”.

Es remarcable el hecho de que esto mismo esté presente en la instrucción militar que se da a los soldados, y que éstos deben aprender de memoria: el superior es el único responsable ante las consecuencias que acarreen sus órdenes.

Pero esto es injusto. Una persona no puede librarse de las consecuencias de sus actos. Esto lo vemos en lo siguiente: si un superior les ordenara matar al hijo de su vecino, a su padre o a su madre, ¿lo obedecerían? Si la respuesta es que no, su razonamiento queda invalidado, porque si puedes desobedecer a tus gobernantes es un caso concreto, ¿dónde van a situar el límite hasta el que estén dispuestos a acatar las órdenes? No existe otro límite que aquél que ha establecido el cristianismo, y este límite es razonable y factible.

Por eso creemos que es un deber de todo hombre que considere que la guerra es incompatible con el cristianismo, negarse de forma pacífica pero firme a realizar el servicio militar.

A todos aquéllos que tengan que actuar de este modo, que recuerden que tienen sobre sus espaldas un gran deber: el destino de la humanidad depende de su fidelidad a la religión, en la medida en que ésta depende de los hombres. Que profesen sus convicciones y que las defiendan, y no sólo con palabras, sino con sufrimientos si es necesario. Si creen que Cristo prohibió el asesinato, no hagan caso de las opiniones, ni de las órdenes de aquéllos que los incitan a colaborar en los crímenes. Con esta firme negativa a ser cómplices de la violencia obtendrán la bendición que se otorga a aquéllos que escuchan estas palabras y las cumplen, y llegará un día en que el mundo los honrará por haber sido partícipes en el renacimiento de la humanidad.

El libro de Musser, publicado en 1864, se titula *Afirmación de la no-resistencia o División entre el reino de Cristo y el reino de este mundo (Non-resistance asserted o kingdom of Christ and Kingdom of this World Separated)*. Está dedicado a esta misma cuestión y fue escrito cuando el Gobierno americano impuso a sus ciudadanos servir en el ejército durante la Guerra Civil. Aporta a esta materia un sentido plenamente actual al dilucidar las condiciones en las que la gente debe y puede negarse a servir en el ejército. En la introducción, dice el autor:

“Es bien sabido que en los Estados Unidos hay mucha gente que rechaza de manera consciente la guerra. Suelen ser calificados como cristianos ‘no-resistentes’ [*non-resistant*] o “indefensos” [*defendeless*]. Estos cristianos se niegan a defender a su país, a empuñar un arma y a luchar contra el enemigo por exigencia de su gobierno. Hasta ahora, estas convicciones religiosas eran respetadas por el gobierno, y aquéllos que las manifestaban quedaban exentos del servicio militar. Pero desde el inicio de la Guerra Civil este hecho ha indignado a la opinión pública. Es natural que aquellas personas que consideran como un deber soportar el peso y los peligros de la guerra para defender su patria sientan hostilidad hacia aquéllos que durante largo tiempo han disfrutado del amparo y beneficios del gobierno, y en tiempos de necesidades y amenazas no quieren cumplir con las tareas, ni exponerse a los peligros que conllevan defender la patria. Es natural incluso que consideren esta actitud como algo insensato, monstruoso y sospechoso”.

Fueron muchos los oradores y escritores –dice el autor– que alzaron la voz contra actitudes como éstas e intentaron demostrar, a través del sentido común y de las Escrituras, que la “no-resistencia” era una injusticia. Esto es completamente natural, y en muchos casos estos escritores tenían razón. La tienen cuando se refieren a aquellas personas que si bien se niegan a realizar el servicio militar, no rechazan los beneficios que les procura su gobierno; pero no la tienen cuando se refieren al principio mismo de la “no-resistencia”. Ante todo, el autor demuestra el deber que todo cristiano tiene ante el precepto de la no-resistencia, aduciendo que éste es sumamente claro, y que nos fue transmitido por Cristo sin posibilidad de tergiversaciones.

“Juzgad vosotros mismos si es justo obedecer al hombre antes que a Dios”, dijeron los apóstoles Pedro y Juan. De este mismo modo debe posicionarse cualquier hombre que desee ser cristiano ante la exigencia de luchar en una guerra, ya que Cristo nos dijo: “No resistáis al mal con la violencia”.

Con esto el autor considera que la cuestión misma de la “no violencia” queda resuelta. En cuanto a la segunda cuestión, so-

bre si un individuo que ha disfrutado de los beneficios que su gobierno le ha proporcionado mediante el uso de la fuerza tiene derecho a negarse a servir en el ejército, el autor, tras analizarla con detalle, concluye que un cristiano que sea fiel a la ley de Cristo, y que por ese motivo se niegue ir a luchar a la guerra, tampoco puede participar en ningún tipo de institución gubernamental: ni en los tribunales ni en las elecciones, y tampoco puede recurrir a las autoridades, a la policía o a la injusticia para solventar un asunto privado.

El libro analiza también la relación entre el Antiguo y Nuevo Testamento, el sentido de un gobierno para alguien que no sea cristiano, y asimismo expone las principales objeciones que se le hacen a la doctrina de la no resistencia, y las refuta. El autor concluye el libro afirmando:

“Los cristianos no necesitan ningún gobierno, y por ello no pueden ni obedecerlo en aquello que sea contrario a las enseñanzas de Cristo, ni tampoco ser su cómplice.

Cristo arrancó a los discípulos de la vida terrenal, pero éstos no esperaban ni bienes terrenales ni felicidad terrenal, sino todo lo contrario: la vida eterna. El espíritu en el que vivían hacía que se sintieran satisfechos y felices cualquiera que fuera su situación. Si en la vida terrenal eran aceptados, se sentían satisfechos. Pero si por el contrario eran rechazados, se marchaban a otro lugar, ya que eran peregrinos en la Tierra y no tenían un hogar determinado. Pensaban: ‘que los muertos entierren a sus muertos’, pero ellos lo único que necesitaban era ‘seguir al Maestro’”.

Sin entrar a valorar si es correcta o no la determinación que en ambos libros se hace sobre la posición que un cristiano debe adoptar ante una guerra, no se puede dejar de reconocer la importancia práctica y la necesidad de resolver esta cuestión.

Hay personas -cientos de miles de cuáqueros, menonitas, nuestros *dujobori* y *molokanes**, y otras personas que no per-

* Sectas cristianas rusas, cercanas al pensamiento religioso de Tolstói. Los *dujobori* eran pacifistas, antimilitaristas, y la única autoridad que reconocían era la de Dios, por tanto no reconocían a ningún Estado ni a ninguna Iglesia. Fueron perseguidos y castigados. Tolstói los ayudó a huir a Canadá. (N. del T.)

tenecen a ninguna secta determinada- que consideran que la violencia (y por tanto el servicio militar) es incompatible con el cristianismo, y por ello cada año en Rusia hay hombres que son llamados a filas que se niegan a realizar el servicio militar debido a sus convicciones religiosas. ¿Y cómo actúa el Gobierno? ¿Los deja en paz? No. ¿Los obliga a servir y en caso de negarse los castiga? Tampoco. En 1818 el Gobierno obró del siguiente modo. He aquí un extracto casi desconocido en Rusia del diario de Nikolái Nikoláyevich Muraviov-Karski, prohibido por la censura:

“2 de octubre de 1818, Tiflis

Esta mañana, el comandante me ha dicho que no hace mucho enviaron a Georgia a cinco campesinos que habían pertenecido a un terrateniente de la provincia de Tambov, y que habían sido entregados para servir en el ejército, pero que se habían negado a hacerlo. Los azotaron con látigos y los apalearon en repetidas ocasiones, pero con tal de no servir, se entregaron sin resistirse a las más crueles torturas, diciendo: ‘Déjennos marchar, no nos hagan daño, nosotros no se lo hacemos a nadie. Somos todos iguales, y el zar es un hombre igual a nosotros; ¿por qué tenemos que pagarle tributos, por qué tenemos que arriesgar nuestras vidas para matar a otras personas que no nos han hecho ningún mal? Nos pueden cortar a pedazos, pero no cambiaremos nuestras convicciones: nunca vestiremos capote militar ni comeremos rancho. Aquél que se apiade de nosotros, que nos dé una limosna, porque del Estado nunca hemos querido nada, ni lo queremos’. Así son las palabras de estos *mujiks**, que además aseguran que en Rusia hay muchos que piensan como ellos.

Fueron llevados en cuatro ocasiones ante el Comité de Ministros que finalmente decidió informar al zar sobre el asunto. Éste ordenó que fueran enviados a Georgia para ser corregidos, y mandó al comandante en jefe que le informara mensualmente sobre los éxitos que fueran obteniendo en la labor de reconducir su modo de pensar”.

* *Mujik*: en la Rusia zarista, campesino. (N. del T.)

Desconozco cómo acabó esta “corrección”, porque de hecho todo este episodio es del todo desconocido y ha sido guardado en el más absoluto secreto.

Así es cómo actuó el Gobierno hace setenta y cinco años, y así es cómo lo ha hecho en numerosas ocasiones, siempre ocultándose celosamente al pueblo. Y así es cómo lo hace hoy en día, con la excepción de los menonitas alemanes de la provincia de Jersón, a quien se respeta su negativa a realizar el servicio militar, que conmutan por trabajos en distritos forestales.

En los casos recientes de menonitas que se han negado a realizar el servicio militar debido a sus convicciones religiosas, las autoridades gubernamentales han obrado del siguiente modo. Primero recurren a todas las medidas violentas imaginables para “corregir” a los rebeldes y reconducirlos hacia el “modo de pensar correcto”, manteniendo todo esto en el más absoluto secreto. Conozco el caso de un hombre que se negó a realizar el servicio militar en Moscú en 1884, y, a los dos meses de su negativa, se abrió un expediente voluminosísimo que fue guardado en el Ministerio bajo un estricto silencio.

Normalmente envían al rebelde a que visite a un sacerdote, el cual, siempre –y para su vergüenza–, trata de hacerle cambiar de parecer. Pero ya que casi siempre resulta inútil intentar convencer a alguien de que en nombre de Cristo reniegue del propio Cristo, tras el intento infructuoso del sacerdote, envían al rebelde a los gendarmes. Habitualmente, éstos, al no encontrar motivaciones políticas en sus actos, devuelven al rebelde, que es mandado a algún médico y, finalmente, a un manicomio. En todas estas idas y venidas, el rebelde, privado de su libertad, soporta toda clase de humillaciones y padecimientos, como si fuera un criminal convicto. Cuando los médicos lo dejan ir, empiezan a tomarse toda una serie de medidas secretas y subterfugios para no dejarlo en libertad (con el fin de no alentar a los que, como él, se niegan a servir en el ejército), y para evitar que esté entre soldados (que se enterarían de que el servicio militar no es ni mucho menos una ley de Dios, como les aseguran, sino una ley contraria a Dios).

Lo más cómodo para el Gobierno sería castigar a los que se negaran a servir: azotarlos con varas o con cualquier otro sistema, como se hacía en el pasado. Pero no pueden castigar abiertamente

a un hombre por ser fiel a la doctrina que todos profesamos. Y tampoco pueden dejar a un hombre en paz si éste desobedece las órdenes. Por este motivo, el Gobierno intenta que abjuren de Cristo con toda clase de sufrimientos, o tratan de librarse de estos hombres discretamente, sin castigarlos abiertamente, pero silenciando todos sus actos y aislándolos del resto de la gente. Entonces empiezan todo tipo de subterfugios, artimañas y suplicios: los deportan a algún lugar recóndito, o los provocan para que se insubordinen, los condenan por violación disciplinar y los encierran en una cárcel, donde, en un batallón disciplinario, a escondidas del mundo, los torturan con toda libertad; o los declaran locos y los recluyen en un manicomio. Todo esto ocurrió en cuatro casos distintos: a un hombre lo mandaron a Tashkent –es decir, hicieron que pareciera que era trasladado al ejército de esa ciudad–; a otro, a Omsk; a un tercero lo condenaron por insubordinación y lo encerraron en la cárcel, y a un cuarto lo metieron en un manicomio.

En todas partes ocurre lo mismo. Como si se tratara de una conspiración, no solamente el Gobierno, sino la mayoría de los liberales –gente de libre pensamiento–, dan la espalda a todo lo que se ha dicho, se ha escrito, se ha hecho y se hace para denunciar la incompatibilidad que existe entre la violencia en su forma más horrible, burda y evidente (me refiero al ejército, es decir, la disposición de un hombre a matar a quien sea) y las enseñanzas de Cristo (y no sólo es incompatible con éstas, también lo es con el humanitarismo que, en principio, profesa nuestra sociedad).

En definitiva, las informaciones que he obtenido acerca de hasta qué punto el auténtico significado de las enseñanzas de Cristo ha sido dilucidado hace ya mucho tiempo, y acerca de qué actitud han adoptado las clases altas y las dirigentes hacia esta cuestión –no solamente en Rusia, sino también en Europa y América– me han convencido de que existe entre estas clases dirigentes una actitud abiertamente hostil respecto al auténtico cristianismo, cuyo reflejo vemos principalmente en el silenciamiento que padece cualquiera de sus manifestaciones.

II

Consideraciones de creyentes y ateos sobre la cuestión de la no-resistencia al mal con la violencia

LAS OPINIONES QUE SE emitieron sobre mi libro me produjeron el mismo efecto que los intentos que se habían hecho por ocultar y acallar lo que había expuesto en él.

Como era de esperar, mi libro fue prohibido y condenado por ley a ser quemado; sin embargo, corrió de mano en mano entre los funcionarios y acabó circulando clandestinamente en numerosas copias manuscritas y en litografías de las galeradas. Además se tradujo y publicó en el extranjero.

Muy pronto aparecieron críticas hacia esta obra, tanto desde la Iglesia como desde sectores laicos, y el Gobierno no sólo toleró estas críticas, sino que las alentó. Y así fue cómo una obra que en teoría nadie debía conocer se convirtió en tema de refutación y discusiones teológicas en las academias.

Los críticos de mi libro, tanto rusos como extranjeros, se pueden dividir en dos grandes grupos: los religiosos (aquéllos que se consideran creyentes) y los laicos (los librepensadores).

Empezaré por los primeros.

En mi libro acuso a la jerarquía eclesiástica de profesar una doctrina contraria a los mandamientos de Cristo —expresados con suma claridad y determinación en el Sermón de la Montaña—, y especialmente contraria al mandamiento de la no-resistencia al mal, con lo que despojan de todo su sentido las enseñanzas de Cristo. La jerarquía eclesiástica reconoce el Sermón de la Montaña y el mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia como una revelación divina, y ya que ha creído necesario pronunciarse sobre mi libro, tendría que haber empezado por dar respuesta a mi principal acusación, y decir claramente si reconoce o no reconoce como un deber de todo cristiano el cumplimiento del mandamiento de la no resistencia con la violencia;

en vez de esto contesta con evasivas, arguyendo que aunque por un lado no se puede negar, tampoco se puede afirmar, etcétera. Tendrían que haber contestado a la cuestión tal y como la formulé: ¿realmente Cristo exigía a sus discípulos que cumplieran con lo que les reveló en el Sermón de la Montaña? ¿Puede un cristiano que quiera considerarse como tal acudir a un tribunal, formar parte de él, condenar a otras personas o buscar en él ser defendido mediante la fuerza? ¿Puede un cristiano que se quiere considerar como tal formar parte de la Administración y emplear la violencia contra sus semejantes? Y lo más importante y relacionado con la cuestión del servicio militar obligatorio: ¿Puede un cristiano que se quiera considerar como tal, en contra de las indicaciones expresas de Cristo, comprometerse a futuras acciones que serán contrarias a la doctrina cristiana, y entrenarse para perpetrar el asesinato de seres humanos?

Estas preguntas las formulé de un modo claro y conciso, y tendrían que haber obtenido una respuesta igualmente clara y concisa. Pero no encontraré nada de esto en ninguna de las críticas que se vertieron sobre mi libro; del mismo modo que nunca se ha dado respuesta a ninguna de las denuncias formuladas contra la jerarquía eclesiástica por sus tergiversaciones de la ley de Dios, de las cuales la historia, desde los tiempos de Constantino, está llena.

Se habló mucho de lo mal que interpreto tal o cual pasaje de la Biblia, de lo equivocado que estoy al no creer en la Santísima Trinidad, en la redención, ni en la inmortalidad del alma; se habló de muchas cosas, pero no se dijo ni una palabra sobre la cuestión fundamental y sustancial para todo cristiano: ¿cómo hacer compatible aquello que fue formulado de un modo tan claro por el Maestro y que sentimos en el interior de nuestros corazones sobre la doctrina del perdón, la resignación, la renuncia, el amor hacia nuestros semejantes y enemigos, con la obligación de ejercer la violencia militar sobre nuestro pueblo u otros pueblos?

He dividido en cinco categorías todos los argumentos que ofrecen a esta cuestión algo parecido a una respuesta; he tratado de reunir no sólo las críticas hacia mi libro, sino todo aquello que se escribió en el pasado sobre esta materia.

El primer tipo de respuesta, y el más burdo de todos, consiste en la osada afirmación de que la violencia no contraviene la

doctrina de Cristo, que ésta es admitida e incluso impuesta por el Antiguo y el Nuevo Testamento. Esta clase de respuesta suele proceder principalmente de personas que ocupan una elevada posición en la jerarquía gubernamental o eclesiástica y, en consecuencia, están convencidas de que nadie se atreverá a cuestionar sus afirmaciones; y si alguien lo hace, no le prestan ninguna atención. Estas personas, a causa del atontamiento que les ha producido el poder, han perdido hasta tal punto la noción de lo que es realmente el cristianismo –en cuyo nombre ocupan su puesto–, que todo lo que hay de cristiano en el cristianismo lo consideran sectario; asimismo, todo aquello que en el Antiguo Testamento se puede tergiversar hacia un sentido anticristiano y pagano, lo consideran como la base del cristianismo. Con el fin de justificar su afirmación de que el cristianismo no es incompatible con la violencia suelen recurrir con absoluto atrevimiento a algunos de los episodios que se prestan a más confusión del Antiguo y Nuevo Testamento, y los interpretan del modo más anticristiano posible: me refiero al castigo de Ananías y Safira (Hechos 5, 1-11), y el castigo de Simón el mago (Hechos 8, 9-25). Y para justificar la crueldad suelen destacar todas aquellas palabras de Cristo que puedan ser malinterpretadas: la expulsión del templo y el pasaje de “Os digo que, en el día del juicio, los habitantes de Sodoma serán tratados con más clemencia que los de ese pueblo” (Lucas 10, 12), etcétera.

Según estas personas, un gobierno cristiano no tiene ninguna obligación de ejercer su poder conforme al espíritu de la resignación, del perdón a las ofensas, ni del amor al enemigo.

Es inútil rebatir tales argumentos porque las personas que los sostienen se rebaten a sí mismas o, mejor dicho, reniegan de Cristo ya que han inventado su propio Cristo y su propio cristianismo, en cuyo nombre existe la Iglesia y el cargo que ellos ocupan en ella. Si todo el mundo supiera que la Iglesia defiende la idea de un Cristo que castiga, que es rencoroso y beligerante, nadie creería en esta Iglesia y ya no habría a quien demostrar lo que ésta intenta demostrar.

El segundo tipo de respuesta, un poco menos burdo que el anterior, se basa en la afirmación de que aunque efectivamente Cristo nos enseñó a poner la otra mejilla y a entregar el caftán, y esto es un alto deber moral, hay en el mundo gente

malvada, y si no reprimimos con la fuerza a esta gente, perecerá el mundo y la gente buena. Este argumento lo encontré por primera vez en la obra de Juan Crisóstomo, argumento que refuto en mi libro *¿En qué consiste mi fe?*

Este argumento carece de fundamento porque si nos permitiéramos determinar que una persona es pérfida y malvada, en primer lugar estaríamos destruyendo todo el sentido de la doctrina cristiana, según la cual todos somos iguales –hermanos, hijos de un mismo Padre–; en segundo lugar, si Dios permitiera usar la violencia contra los malvados, dado que es imposible encontrar una definición justa e inequívoca para distinguir al malvado, las personas empezarían a acusarse mutuamente de serlo, cosa que sucede en la actualidad; en tercer lugar, si realmente pudiéramos distinguir con claridad a los malvados de los que no lo son, la sociedad cristiana no los podría ejecutar, mutilar ni encarcelar, ya que en una sociedad cristiana no habría quien llevara a cabo estas acciones, porque un cristiano que quiera ser considerado como tal tiene prohibido ejercer la violencia sobre los malvados.

El tercer tipo de respuesta, más sutil que el anterior, se basa en la afirmación de que aunque si bien es cierto que el mandamiento de la no-resistencia al mal con la violencia es un deber para todo cristiano, cuando el mal está dirigido personalmente hacia él, este mandamiento deja de ser exigible, y cuando este mal esté dirigido hacia los suyos, no sólo no está obligado a obedecerlo, sino que debe defenderlos recurriendo a la violencia contra sus agresores.

Esta afirmación es del todo arbitraria y no encontraremos ni un solo lugar en la doctrina de Cristo que justifique tal interpretación, ya que no únicamente limita el mandamiento de la no-resistencia, sino que de manera directa lo niega y lo aniquila. Si todo el mundo tiene derecho a recurrir a la violencia en caso de que otra persona esté en un peligro, entonces la cuestión del uso de la violencia se reduce a determinar cuándo debemos considerar que nos acecha el peligro. Y si mi juicio es el que decide cuándo está en peligro una persona, no habrá ningún caso de violencia que no pueda justificarse como una simple respuesta a un peligro. Cuando se ejecutaba y quemaba a brujos, aristócratas y girondinos se estaba ejecutando al ene-

migo, porque aquéllos que estaban en el poder los consideraban como un peligro para la población.

Si esta importante limitación, que mina de una forma radical el significado del mandamiento de la no-resistencia, formara parte del pensamiento de Jesucristo, habría quedado constancia de ella en alguna parte. Sin embargo, el Maestro ni en su prédica ni en toda su vida estableció limitación alguna, y no sólo eso, además, fuimos advertidos del peligro que conllevaba esta limitación falsa, tentadora y destructiva al mandamiento de la no-resistencia. El Evangelio nos muestra con especial brillantez el error y la imposibilidad de esta limitación en el relato sobre Caifás, que hizo precisamente esta distinción; reconocía que no estaba bien ejecutar a Jesús porque era inocente, pero veía en ello un peligro no para sí mismo, sino para todo el pueblo, por lo que afirmó: “Es preferible la muerte de una sola persona que la de todo un pueblo”. Un ejemplo aún más brillante del rechazo a esta limitación lo encontramos en las palabras pronunciadas por Pedro en su intento de resistir el mal con la violencia para defender a Jesús (Mateo 26, 52). Pedro no se defendía a sí mismo, sino a su querido y divino Maestro. Y Jesús directamente le prohibió hacerlo, diciéndole que “todos los que empuñan espada, a espada morirán”.

Además, es erróneo tratar de justificar la violencia ejercida sobre un semejante para defender a otro semejante de una violencia aún peor, porque al ejercer la violencia sobre alguien que todavía no ha hecho el mal nunca sabremos cuál de los dos males resultará ser peor: si el que generaré yo con mi violencia, o si el de aquél de quien me quiero defender. Cuando ejecutamos a un criminal libramos a la sociedad de su presencia, pero nunca podremos saber si este criminal habría cambiado el día de mañana, y si nuestra ejecución no ha resultado ser una crueldad inútil. Encerramos a un miembro de la sociedad porque lo consideramos peligroso, pero al día siguiente esta persona podría dejar de ser peligrosa, y su reclusión resultará injusta. Si yo veo a un bandido persiguiendo a una muchacha y tengo una escopeta en las manos, lo mato y salvo a la muchacha, pero entonces nunca sabré si esa muerte o esas heridas se habrían producido de no haber actuado. Qué enorme cantidad de mal puede generar, y de hecho genera, el que la gente se reconozca con el derecho de prevenir el mal que pudiera

acaecer. El 99% del mal que hay en el mundo –desde la inquisición, las bombas de dinamita, hasta la ejecución y tormento de decenas de miles de presuntos presos políticos– se fundamenta precisamente sobre este razonamiento.

El cuarto tipo de respuesta, aún más refinado, a la pregunta de qué actitud debe adoptar un cristiano frente al mandamiento de Jesucristo de la no-resistencia al mal con la violencia, afirma que no se puede rechazar este mandamiento, como ningún otro, pero que tampoco hay que atribuirle un especial significado, como hacen los sectarios: considerar este mandamiento a modo de una condición indispensable para toda una vida cristiana, igual que hacen Garrison, Ballou, Dymond, los cuáqueros, menonitas, *shakers*, y como hacían los Hermanos Moravos, los valdenses, albigenses, bogomilitas y paulicianos, es un sectarismo unilateral. Este mandamiento no tiene ni más ni menos valor que los otros, y una persona que por debilidad incumpla cualquiera de ellos, incluido el de la no-resistencia, no deja por ellos de ser cristiana, siempre que profese la fe correcta.

Éste es un giro muy hábil, y muchas personas que desean ser engañadas, efectivamente se engañan a sí mismas con él. El giro consiste en reducir la negación directa y consciente del mandamiento a un incumplimiento esporádico de éste. Sin embargo, basta con comparar la actitud de la jerarquía eclesiástica frente a éste y frente a otros mandamientos para darse cuenta de que su actitud hacia los mandamientos que sí reconoce es radicalmente distinta de la que adopta frente al de la no-resistencia.

Como verdaderamente reconoce el mandamiento contra la lujuria, no contempla ningún caso en el que ésta no constituya un mal: los predicadores de la Iglesia no admiten ninguna situación en la que este mandamiento pueda ser incumplido, y siempre sermonean acerca de la necesidad de evitar aquellas tentaciones que nos hagan caer en la lujuria. No obstante, no ocurre lo mismo con el mandamiento de la no-resistencia: para éste sí que encuentran casos en los que puede ser incumplido. Y así es como lo enseñan a la gente; y no sólo no enseñan a no evitar estas tentaciones, cuyo principal exponente es el juramento militar, sino que participan en este juramento. No admiten ninguna circunstancia en la que se pueda contravenir alguno de los otros mandamientos, pero cuando atañe al

mandamiento de la no-resistencia, nos enseñan sin ningún tipo de reparo que no hay que interpretar literalmente esta prohibición de no resistir el mal con el mal, no siempre debemos cumplir con este mandamiento, y hay casos y situaciones en las que tenemos que hacer justo lo contrario, es decir, juzgar y ejecutar. De modo que en la mayoría de los casos nos enseñan que este mandamiento no hay que cumplirlo: afirman que hacerlo sería muy complicado y que pertenecería únicamente al ámbito de la perfección. Sin embargo, ¿cómo no va a ser complicado cumplir con él cuando es la misma Iglesia la que alienta directamente a que sea cumplido al dar su bendición a tribunales, cárceles, cañones, fusiles, tropas y batallas?

Así pues, queda demostrado que es mentira que la jerarquía eclesiástica le otorgue al mandamiento de la no resistencia el mismo valor que a los otros. Estos predicadores simplemente no reconocen este mandamiento, pero temen admitirlo y tratan de ocultarlo. Hasta aquí el cuarto tipo de respuesta.

El quinto tipo –el más sutil, el más empleado y poderoso de todos– consiste en evadir la pregunta; es decir, en hacer ver que esta cuestión ya fue resuelta hace mucho tiempo de un modo absolutamente claro y satisfactorio, y que ya no vale la pena ni siquiera hablar sobre ello.

Esta respuesta es propia de críticos religiosos más o menos cultos, es decir, aquéllos que sienten como un deber las leyes de la lógica. Conscientes de la contradicción (que no pueden esclarecer con palabras) que existe entre la doctrina de Cristo –que predicamos de palabra– y nuestra forma de vida, y conscientes también de que al tratar esta cuestión evidencian aún más la contradicción en la que vivimos, esquivan este tema con mayor o menor habilidad, haciendo ver que la cuestión de conciliar el cristianismo con violencia ha sido resuelta hace mucho tiempo o, simplemente, que esta cuestión nunca ha existido*.

* Conozco un solo artículo –no se puede considerar una crítica en el sentido estricto de la palabra– que se refiere a mi libro y difiere algo de la opinión general que hay sobre esta materia. Se trata de un folleto de Troitski (Kazán) titulado *La conversación de la montaña*, donde el autor reconoce la doctrina de Jesucristo en su auténtico sentido. Afirma que el mandamiento sobre la no-resistencia al mal con la violencia significa exactamente lo que significa, igual que el mandamiento sobre el juramento; no rechaza, como hacen otros, el sentido auténtico de la doctrina de Cristo, pero por desgracia tampoco llega a las inevitables conclusiones que surgen por sí solas cuando comprendemos auténticamente la doctrina de Cristo. Si no debemos resistir el mal con la violencia, ni tampoco jurar, nos surge de manera natural la siguiente pregunta:

La mayoría de teólogos recurre a este tipo de respuesta para rebatir mi libro. Podría aportar decenas de ejemplos de tales críticas, en las que, sin excepción, se repite lo mismo: se habla de todo menos de lo esencial, de lo que constituye el objeto principal de mi libro. Aportaré a modo de ejemplo característico de tales críticas un artículo de un famoso y refinado escritor y predicador inglés, Farrar, gran maestro en el arte de dar rodeos y guardar silencios, como hacen muchos otros críticos religiosos. Este artículo apareció en la revista americana *Forum* en octubre de 1888. Farrar, tras un breve y concienzudo resumen del contenido de mi libro, dice:

“Tolstói está convencido de que el mundo entero ha sido burdamente engañado, porque se ha hecho creer a la gente que la doctrina de Cristo de ‘no resistáis el mal ni a aquél que lo haga’ es perfectamente compatible con la guerra, con los tribunales, con la pena de muerte, con los divorcios, con los juramentos, las pasiones y, en general, con la mayoría de instituciones de la vida civil y pública. Tolstói ahora cree que el reino de Dios llegará cuando la gente cumpla con los cinco mandamientos de Cristo, esto es: 1) Vivir en paz con todo el mundo; 2) Llevar una vida pura; 3) No hacer juramentos; 4) No resistir nunca al mal, y 5) No hacer distinciones entre pueblos.

Tolstói rechaza la inspiración divina del Antiguo Testamento, las Epístolas y todos los dogmas de la Iglesia, como por ejemplo la Santísima Trinidad, la redención, el descenso del Espíritu Santo, el sacerdocio; únicamente reconoce las palabras y los mandamientos de Cristo. Pero... ¿es correcto interpretar así la doctrina de Jesucristo? ¿Debe todo el mundo obrar como enseña Tolstói, es decir, cumpliendo los cinco mandamientos de Cristo?”

Ante una pregunta tan sustancial, que ha movido a este hombre a escribir un artículo sobre mi libro, uno espera que afirme que esta interpretación de la doctrina de Cristo es correcta, y que por ello hay que seguirla, o que, por el contrario, afirme que es errónea, demuestre el motivo, y dé una interpretación justa a las palabras

¿y qué pasa con el servicio militar? ¿Y con el juramento militar? El autor deja estas preguntas sin respuestas, pero debería responderlas. Y si no puede hacerlo, entonces mejor que no hable, porque su silenciamiento induce al error. (N. del A.)

que supuestamente yo he interpretado de manera errónea. Pero Farrar no hace nada de esto: tan sólo expresa su “convencimiento de que Tolstói, a pesar de mostrar una nobilísima sinceridad, ha caído en un error al interpretar subjetiva y unilateralmente el sentido del Evangelio, el pensamiento (*mind*) y la voluntad de Cristo”.

En ningún momento ofrece una explicación acerca de cuál es este supuesto error, simplemente afirma: “No voy entrar a demostrar todo esto que sostengo en este artículo, pues ya he superado la cantidad de hojas que tengo asignadas”.

Y, tranquilamente, concluye:

“Entretanto, si el lector se siente turbado por la idea de que como cristiano está obligado, al igual que Tolstói, a abandonar el modo de vida que siempre ha llevado para vivir como un simple trabajador, que se tranquilice y se sostenga sobre el siguiente principio: *Securus judicat orbis terrarum**. Exceptuando contadas excepciones, todo el cristianismo desde los tiempos de los Apóstoles hasta nuestros días ha llegado al convencimiento de que la misión de Cristo consistió en transmitir a los hombres unos principios eternos, pero nunca pretendió destruir las bases de las instituciones de la sociedad humana, que descansa en la sanción divina (*sanction*) y en lo inevitable. Si mi tarea fuera demostrar la imposibilidad de la doctrina comunista –basada según Tolstói en las paradojas divinas [sic], que pueden ser interpretadas únicamente a partir de unos principios históricos de acuerdo con todos los métodos de la doctrina de Cristo–, necesitaría mucho más espacio del que dispongo”.

¡Vaya una lástima, no dispone de más espacio! ¿Y no es extraño que en quince siglos nadie haya tenido nunca espacio suficiente para demostrar que Cristo, al que tanto profesan, quiso decir algo completamente distinto de lo que en realidad dijo? Podrían demostrarlo si quisieran, aunque, pensándolo bien, para qué se van a esforzar en demostrar aquello que por todos es sabido, cuando les basta con sentenciar: *Securus judicat orbis terrarum*.

* Juzgar al mundo entero es una frivolidad. (*N. del A.*)

** Máxima de san Agustín traducida libremente por Tolstói. (*N. del T.*)

Y así son, sin excepción, todas las críticas de hombres instruidos y creyentes, que comprenden el peligro de su posicionamiento. Su única salida reside en la esperanza de que, aprovechando la autoridad, antigüedad y santidad de la Iglesia, se puede atemorizar al lector, persuadirlo de que lea por sí mismo el Evangelio y de que reflexione por sí mismo sobre esta cuestión. Y efectivamente consiguen su objetivo, porque ¿a quién le va a pasar por la cabeza que todo aquello que con tanta convicción y solemnidad han repetido sin cesar siglo tras siglo todos estos archidiaconos, obispos, arzobispos, santísimos sínodos y papas, no es más que una vil mentira, una calumnia infame, levantada por ellos en el nombre de Cristo para obtener el dinero necesario con tal de asegurarse una buena vida a costa del sufrimiento ajeno? Una mentira y una calumnia tan evidentes, sobre todo ahora, que el único modo de mantenerlas es atemorizar a la gente con su vehemencia y su desvergüenza.

Precisamente esto es lo que ha venido ocurriendo en los últimos años en las comisiones de reclutamiento: viejos y altivos funcionarios, cargados de condecoraciones, se sientan en una mesa sobre la que yace un libro de leyes y moralidad, bajo un retrato del emperador de cuerpo entero; conversan con desenvoltura y desenfado, toman notas, dan órdenes y hacen llamar a los reclutas. Y allí mismo, con una cruz al pecho y en sotana, vemos a un venerable sacerdote, ante un atril sobre el que se descansa una cruz de oro y un Evangelio bañado también en oro.

Hacen llamar a un tal Iván Petrov. Sale un joven mal vestido, con la ropa sucia; está asustado, le tiemblan los músculos de la cara, tiene los ojos brillantes y la mirada nerviosa.

Con voz entrecortada y casi en un susurro, dice:

–Yo... según la ley de Dios... como cristiano... no puedo...

–¿Qué es lo que balbucea éste? –pregunta con impaciencia el presidente alzando la cabeza del libro, entornando los ojos y aguzando el oído.

–¡Hable más alto! –le grita un coronel con brillantes hombreras.

–Yo... yo... como cristiano...

Finalmente resulta que el joven rehúsa servir en el ejército porque es cristiano.

–No digas disparates y ponte en posición para ser examinado. Doctor, haga el favor de medirlo. ¿Es apto?

-Sí, es apto.

-Reverendo padre, proceda con el juramento militar.

Nadie se altera ante esta escena, ni presta ninguna atención a lo que este muchacho asustado y lastimoso barbotea.

“Siempre barbotean algo, pero no tenemos tiempo que perder, aún quedan muchos por reclutar”, se dicen los funcionarios.

El recluta quiere decir algo.

-Esto va en contra de la ley de Cristo.

-Vamos, andando, que no le necesitamos a usted para saber qué va a favor o en contra de la ley. Y usted, reverendo, hágaselo comprender. Que pase el siguiente: Vasili Nikitin.

Entonces se llevan al muchacho, que no deja de temblar. ¿Y van siquiera a pensar los guardas, Vasili Nikitin -al que acaban de hacer pasar-, o aquéllos que han presenciado esta escena, que las breves y confusas palabras de ese muchacho, reprimidas de inmediato por los funcionarios, contienen la verdadera esencia de Cristo y, en cambio, los discursos solemnes y altisonantes de estos funcionarios y de este sacerdote, tan desenvueltos y seguros de sí mismos, no constituyen más que una mentira y un engaño?

Ésta es la impresión que producen los artículos de Farrar, y no sólo los suyos, sino todas las prédicas solemnes, los artículos y libros que aparecen por todos lados en cuanto se vislumbra en algún lugar la auténtica verdad, una verdad que desenmascara la mentira que impera en el mundo. Comienzan entonces largas, lúcidas y elegantes disquisiciones acerca de esta cuestión, y si bien la tocan cerca, contienen hábiles silencios sobre su misma esencia.

En esto consiste el quinto tipo de respuesta, el método más efectivo de ocultar la contradicción sobre la que se ha construido el cristianismo eclesiástico, que profesa las palabras de Cristo, pero que en la práctica rechaza su doctrina, y así lo enseña a la gente.

Aquéllos que se justifican con el primer tipo de respuesta y afirman de un modo burdo y directo que Cristo permitió la violencia (guerras, asesinatos) están renegando de la doctrina de Cristo; aquéllos que defienden su postura mediante el segundo, tercer y cuarto tipo de respuesta se contradicen a sí mismos y es sencillo demostrar que mienten; sin embargo, el quinto y último

grupo, de los no razonan (o no se dignan a hacerlo), los que se esconden tras su magnificencia, que hacen como si esta cuestión hubiera sido resuelta por ellos o por otros hace mucho tiempo, y que por tanto no debe suscitar ya ninguna clase de dudas, parecen imposibles de convencer. Y lo seguirán siendo mientras la gente siga bajo el efecto hipnótico de los distintos gobiernos e Iglesias, y mientras no se libere de esta sugestión.

Así es como reaccionaron ante mi libro los escritores religiosos, es decir, aquéllos que profesan el cristianismo. No pudieron reaccionar de otro modo, porque a todos ellos los identifica una misma contradicción -la de creer en la divinidad de Jesús, pero no creer en sus palabras más claras- de la que necesitan librarse de algún modo. En consecuencia, no cabía esperar que emitieran juicios libres acerca de la esencia misma de la cuestión, ni acerca de los cambios que se producirían en la vida de las personas si aplicáramos al orden existente la doctrina de Cristo. Un razonamiento en este sentido lo esperaba, en cambio, de los críticos laicos y librepensadores, que no están ligados a la doctrina de Cristo y que por tanto pueden examinarla de un modo totalmente libre. Esperaba que los escritores librepensadores verían a Cristo no solamente como al instaurador de una religión basada en la adoración y en la salvación de uno mismo (tal y como entiende la religión la Iglesia), sino también -haciendo uso de lenguaje- como a un reformador que desmoronó los antiguos fundamentos de la vida y nos proporcionó unos nuevos, y cuya reforma aún no se ha llevado a cabo y todavía sigue vigente.

Así es precisamente como muestro en mi libro mi forma de comprender a Cristo y su doctrina. Sin embargo, para mi sorpresa, de las muy numerosas críticas que aparecieron a raíz de mi libro, *ni una sola* (ni entre las rusas, ni entre las extranjeras) aborda esta materia desde mi mismo punto de vista; es decir, ni una sola contempla la doctrina de Cristo como una enseñanza filosófica, moral y social (hago uso de nuevo de su lenguaje científico).

Los críticos laicos rusos, considerando que mi libro se reduce a una simple exposición de la doctrina de la no-resistencia al mal y, seguramente para facilitar su refutación, comprendiendo esta doctrina como una prohibición de cualquier intento de lucha contra el mal, la atacaron con furia y durante muchos años sostuvieron con bastante éxito que la doctrina de Cristo es

errónea, ya que prohíbe resistirse al mal. Esta refutación de esta *aparente* doctrina pudo ser exitosa porque sabían de antemano que sus juicios no iban a ser rebatidos ni corregidos por nadie, ya que la censura, que había prohibido la publicación de mi libro, no dejaría pasar ningún artículo que lo defendiera.

Es increíble que en nuestro país, donde no se puede decir ni una palabra sobre las Sagradas Escrituras sin que sea prohibida por la censura, durante años se haya tergiversado, criticado, condenado y ridiculizado este mandamiento, expresado por Cristo de un modo tan claro y preciso (Mateo 5, 39).

Los críticos laicos rusos, que era evidente que desconocían todo lo que se ha hecho y se ha escrito sobre la cuestión de la no-resistencia al mal, y que en algunos casos incluso presuponían que yo mismo había inventado el principio de la no-resistencia al mal con la violencia, atacaron el sentido de este mandamiento, lo refutaron, tergiversaron y, con gran ímpetu, expusieron unos argumentos ya desmontados y rebatidos hace mucho tiempo desde todos los ángulos; y sostuvieron la idea de que el hombre debe defender sin falta y mediante la violencia a todos los ofendidos y oprimidos, y que por tanto la doctrina de la no-resistencia al mal con la violencia es inmoral.

Para todos los críticos rusos, el sentido de este mandamiento de Cristo representaba un obstáculo a la labor que se estaba realizando contra lo que consideraban el mal. De ello resultó que el principio de la no-resistencia al mal con la violencia fue atacado por dos grupos sociales diametralmente opuestos: por los conservadores, porque era un obstáculo tanto para combatir el mal provocado por los revolucionarios, como para perseguirlos y ejecutarlos, y por los revolucionarios, porque este principio era un obstáculo para combatir el mal provocado por los conservadores y para lograr su derrocamiento.

A los conservadores les indignaba el hecho de que la doctrina de la no resistencia al mal suponía un impedimento a la enérgica represión de los elementos revolucionarios, capaces de destruir el bienestar del pueblo. En cambio, a los revolucionarios les indignaba esta doctrina porque suponía un impedimento para derrocar a los conservadores, responsables de la destrucción del bienestar del pueblo. Es remarcable que los revolucionarios atacaran el principio de la no-resistencia al

mal con la violencia si tenemos en cuenta que este principio pone en gran peligro cualquier régimen despótico, y que desde que el mundo se ha basado en el principio opuesto –es decir, en la necesidad de resistir el mal con el mal–, toda la violencia se ha justificado y se sigue justificando conforme a éste, desde la Inquisición hasta la Fortaleza de Schlüsseburg*.

Además de todo esto, los críticos rusos consideraron que si se aplicara en la vida práctica el mandamiento de la no-resistencia al mal con la violencia, nuestra sociedad se desviaría del camino por el que avanza la civilización; según ellos, la humanidad entera debe seguir el camino trazado por la sociedad europea.

Hasta aquí la naturaleza de las críticas rusas.

En cuanto a los críticos extranjeros, éstos partían de las mismas premisas que los rusos, pero sus juicios sobre mi libro diferían un poco de aquéllos, no sólo en su reacción menos áspera y en su mayor cultural, sino también en la esencia propia de la cuestión.

Los críticos extranjeros al emitir sus juicios sobre mi libro acerca de la doctrina del Evangelio en general, y su expresión en el Sermón de la Montaña, sostenían que tal doctrina no es propiamente cristiana (según ellos, la doctrina cristiana está constituida por el catolicismo y el protestantismo). La doctrina del Sermón de la Montaña es simplemente una serie de bellas e impracticables ensoñaciones *du charmant docteur*, como dice Ernest Renan, válida para los habitantes inocentes y medio salvajes de la Galilea de hace mil ochocientos años, o para *mujiks* rusos medio salvajes como Siutáyev, Bóndarev*, o ese místico llamado Tolstói, pero inaplicables para el nivel supremo de la cultura europea.

Los críticos laicos europeos daban a entender, de forma delicada y sin pretender ofenderme, que mis ideas acerca de que la humanidad puede regirse conforme a una doctrina tan pueril

* Fortaleza próxima a San Petersburgo, donde se encarcelaba a presos políticos, a revolucionarios y a terroristas. En 1887, el hermano mayor de Lenin fue ejecutado en ella. (*N. del T.*)

* Siutáyev: campesino fundador de una doctrina basada en el amor al prójimo como enseñanza fundamental del Nuevo Testamento.

Bóndarev: campesino cuya doctrina se basa en la idea de que el trabajo físico es una ley divina, la más importante de todas.

Ambos fueron contemporáneos de Tolstói, que escribió sobre ellos: "Les debo más a estos dos campesinos medio analfabetos que a todos los hombres de ciencia y escritores juntos". (*N. del T.*)

como la del Sermón de la Montaña, son en parte fruto de mi ignorancia, de mi desconocimiento tanto de la historia como de los vanos intentos que se han hecho a lo largo de ésta para poner en práctica los principios del Sermón de la Montaña, y que no han conducido a nada; también se deben a que no comprendo el sentido de la tan elevada cultura europea, con sus cañones Krupp, su pólvora sin humo, su colonización de África, el Gobierno de Irlanda, el Parlamento, el periodismo, las huelgas, las Constituciones y la Torre Eiffel.

Esto es lo que escribieron hombres como Vogué, Leroy Beaulieu o Matthew Arnold, o escritores americanos como Savage; también el famoso predicador y librepensador Ingersoll, y tantos otros.

“La doctrina de Cristo no sirve porque no se ajusta a nuestra era industrial”, afirma puerilmente Ingersoll, que con esta idea muestra de un modo absolutamente claro e ingenuo lo que en la actualidad piensa mucha gente de refinada educación sobre la doctrina de Cristo. La doctrina no es válida para nuestra era industrial, como si ésta fuera sagrada y no pudiera ser alterada. Es como si a un borracho le aconsejáramos cómo lograr estar sobrio y nos respondiera que, debido a su estado de ebriedad, nuestros consejos son inútiles.

Los juicios de los escritores laicos –tanto los de los rusos como los de los extranjeros, e independientemente de cuán diferente sea su tono y su manera de argumentar– llegan en esencia a una misma, extraña y errónea conclusión: que la doctrina de Cristo, que tiene como uno de sus preceptos la no resistencia al mal con la violencia, no es válida para nosotros porque nos exige un cambio en nuestras vidas.

La doctrina de Cristo no es válida porque si cumpliéramos con ella, nuestro modo de vida no podría prolongarse. En otras palabras: si empezáramos a vivir de modo correcto, tal como nos enseñó Cristo, no podríamos continuar con nuestro modo incorrecto de vivir, que es al que estamos acostumbrados. La cuestión de la no-resistencia al mal no sólo no se debate, sino que la sola mención del hecho de que la doctrina cristiana contiene la exigencia de no resistir al mal con la violencia se considera ya como una prueba suficiente de su inaplicabilidad.

Sin embargo, parece imprescindible dar algún tipo de solución a esta cuestión, ya que ésta se encuentra en la raíz de la mayoría de los asuntos que nos preocupan.

La pregunta que cabe hacerse es: ¿cómo resolver los conflictos que surgen entre los hombres, cuando unos consideran que el mal es aquello que otros consideran el bien, y al revés? No sirve como respuesta la afirmación de que el mal es aquello que yo considero como tal, a pesar de que mi enemigo lo considere el bien. Existen, pues, dos posibles soluciones a esta cuestión: o encontramos un criterio fiable e irrefutable de lo que es el mal, o no resistimos a éste con la violencia.

La primera solución se ha intentado aplicar desde el principio de los tiempos y, como es sabido, nunca ha dado resultados favorables.

La segunda solución –no resistir con la violencia a aquello que consideramos como el mal hasta que encontremos un criterio único que lo determine– es la que nos propuso Jesucristo.

Se puede pensar que la solución que Cristo nos ofreció es errónea; se puede buscar otra mejor, encontrar un criterio indiscutible y común para todos que determine qué es el mal; se puede simplemente no reconocer la esencia de la cuestión, cosa que les ocurre a los pueblos salvajes; sin embargo no se puede, tal y como hacen los estudiosos de la doctrina cristiana, hacer ver que esta cuestión simplemente no existe, o conceder a un grupo de hombres eminentes y a sus asambleas el derecho a determinar qué es el mal, y pensar que resistirse a este mal resuelve la cuestión. Todos sabemos que esto no resuelve en absoluto la cuestión, ya que siempre habrá gente que no conceda este derecho a estos hombres eminentes ni a sus asambleas.

Y es precisamente esta creencia de que el mal es aquello que *nosotros* consideramos como tal, y la absoluta incompreensión de la cuestión, lo que constituyen la esencia de la visión que los críticos laicos tienen sobre la doctrina cristiana. Así pues, las consideraciones que tanto los críticos religiosos como los laicos hicieron sobre mi libro me mostraron que la mayoría de los hombres no entiende la doctrina de Cristo, ni tampoco las cuestiones a las que ésta ofrece una respuesta.

Correspondencia entre Tolstói y Gandhi

Hotel Westminster Palace
4, Victoria Street,
Londres, w.c.
10-11-1901

Estimado señor:

Le agradezco mucho su carta certificada relativa a “Carta a un hindú”, y a las cuestiones que le referí en mi misiva.

He sabido que está débil de salud y para evitarle las molestias no le he enviado nota alguna de acuse de recibo, sabiendo que una expresión escrita de mi agradecimiento sería una formalidad superflua, pero el señor Aylmer Maude, a quien por fin he podido conocer, me aseguró que gozaba usted de muy buena salud y que cada mañana se ocupaba regularmente y sin falta de su correspondencia. Me llena de júbilo saberlo y me anima a escribirle para hablarle de cuestiones que son, lo sé, de la mayor importancia, de acuerdo con su enseñanza.

Me permito enviarle con ésta un ejemplar de un libro escrito por un amigo, un inglés, que actualmente se encuentra en Sudáfrica, y que tiene relación con mi vida, en la medida en que trata sobre la lucha que llevo a cabo y a la que dedico mi vida. Como me gustaría contar con su interés y simpatía he pensado que no consideraría impropio por mi parte enviarle dicho libro.

En mi opinión, esta lucha de los indios en el Transvaal es la más importante de los tiempos modernos, por cuanto ha sido idealizada tanto en su objetivo como en los métodos para alcanzar dicho objetivo. No sé de ninguna otra lucha en la que los participantes no obtengan ventaja personal alguna a su conclusión, y en la que el 50% de las personas afectadas hayan pasado por

tantos sufrimientos y privaciones en nombre de un principio. No me ha sido posible difundir la lucha tanto como me hubiera gustado. Es posible que en la actualidad cuente usted con una mayor atención del público general. Si le satisfacen los hechos que hallará expuestos en el libro del señor Doke, y si considera que las conclusiones a las que he llegado están justificadas por los hechos, ¿podría pedirle que utilizase su influencia en la manera que le pareciese más adecuada para popularizar el movimiento? De tener éxito, no sólo sería un triunfo de la religión, el amor y la verdad sobre la irreligión, el odio y la falsedad, sino que muy probablemente sirviera como ejemplo para los millones de seres que viven en la India, o para gentes en otras partes del mundo que pudieran estar oprimidas, y que ciertamente significaría un avance de cara para acabar con la violencia, al menos en la India. Si aguantamos hasta el final, como creo que seremos capaces de hacer, tengo pocas dudas acerca del éxito final. Y su apoyo en la manera en que usted tenga a bien sugerir no haría sino reforzar nuestra resolución.

Las negociaciones [sic] que llevamos a cabo para alcanzar un acuerdo sobre la cuestión podríamos decir que han fracasado, y junto con mi colega regreso a Sudáfrica esta semana, arriesgándome a ser encarcelado. Debería añadir que, felizmente, mi hijo se ha unido a mí en esta lucha, y que ahora ha sido condenado a seis meses de trabajos forzados. Es su cuarta condena en el curso de la lucha.

Si tuviese a bien contestar esta carta, le ruego lo haga a mi nombre, Apartado de Correos 6522, Johannesburgo, S.A.

Esperando que cuando le llegue esta carta goce de buena salud, se despide su seguro servidor.

M. K. Gandhi

A Gandhi.

Acabo de recibir su interesante carta, que me ha resultado muy agradable. ¡Que Dios ayude a nuestros queridos hermanos y colegas del Transvaal! También entre nosotros se deja sentir intensamente esa lucha entre gentileza y brutalidad, entre humildad y amor, orgullo y violencia, sobre todo en el choque entre deber religioso y las leyes del Estado, expresado en la negación a prestar el servicio militar. Esas negaciones se producen cada vez con mayor asiduidad.

Escribí la “Carta a un hindú” y me complace enormemente que haya sido traducida. La gente de Moscú le hará saber el título del libro sobre Krishna. En cuanto al “re-nacimiento”, yo, por mi parte, no debería omitir nada, pues creo que la fe en un renacimiento nunca constreñirá a la humanidad tanto como la fe en la inmortalidad del alma y en la verdad y el amor divinos. Pero dejo que sea usted quien lo omita, si así lo desea. Estaré encantado de ayudarle en la edición. La traducción y difusión de mis escritos sobre la dialéctica índica no puede sino reportarme un gran placer.

La cuestión del pago monetario me parece que no debería surgir en relación, con un empeño religioso.

Le saludo fraternalmente, y me alegra haber establecido esta relación con usted.

Lev Tolstói

Al conde Lev Tolstói, Yásnaia Poliana, Rusia
Johannesburgo, 4 de abril de 1910

Estimado señor:

Recordará que he mantenido correspondencia con usted mientras estuve temporalmente en Londres. Como uno de sus humildes seguidores, le envío con la presente un opúsculo que he escrito. Se trata de mi propia traducción de un escrito en gujarati. Es de señalar que el original fue confiscado por el Gobierno de la India. Por ello he acelerado la publicación de dicha traducción.

Espero no molestarle con ello y pedirle, si su salud se lo permitiese y pudiera hallar tiempo, que repasase dicho opúsculo. No hace falta que le diga que valoraría enormemente su opinión sobre el escrito.

También le envió algunas copias de su “Carta a un hindú”, que me ha autorizado publicar. También ha sido traducida a una de las lenguas indias.

Su humilde servidor.

M.K. Gandhi

A Mahatma Gandhi
Yásnaia Poliana, 8 de mayo de 1910

Querido amigo:

Acabo de recibir su carta y su libro, *Indian Home Rule*.

He leído el libro con enorme interés porque creo que el tema que trata usted en él –la resistencia pasiva– es una cuestión de gran importancia, no sólo para la india sino para toda la humanidad.

No he podido encontrar sus anteriores cartas, pero he hallado su biografía escrita por J. Doss, que me interesó mucho y que ofreció la posibilidad de conocer y comprender su carta.

Ahora no me encuentro muy bien y, por ello, me abstendré de escribirle todo lo que me gustaría poder decir acerca de su libro y de toda su obra, que aprecio enormemente, pero lo haré sin tardanza, en cuanto me sienta mejor.

Su amigo y hermano,

Lev Tolstói

A Gandhi, Johannesburgo, Transvaal, Sudáfrica
Kochety, 7 de septiembre de 1910

He recibido su diario, *Indian Opinion*, y me alegra ver lo que tiene que decir de quienes renuncian de toda resistencia por la fuerza, sintiendo de inmediato un deseo de darle a conocer qué pensamientos ha provocado en mí.

Cuanto más vivo –sobre todo ahora, cuando siento con claridad la cercanía de la muerte–, más me siento inclinado a expresar lo que siento con más fuerza que nada, lo que en mi opinión es de inmensa importancia. Es decir, lo que denominamos la renuncia a toda oposición mediante la fuerza, simplemente implica la doctrina de la ley del amor no pervertida por sofismas. El amor o, en otras palabras, el esfuerzo de las almas de los seres humanos hacia la unidad y el comportamiento dócil entre sí que resulta de ello, representa la más elevada y, en realidad, la única ley de la vida, como todo ser humano sabe y siente en lo más profundo de su corazón (como comprobamos claramente en los niños), y que conoce hasta que se ve atrapado en la red de los pensamientos mundanales. Esta ley fue enunciada por todas las filosofías, tanto india como china, así como judía, griega y romana. Creo que el que la enunció con mayor claridad fue Cristo, que dijo explícitamente que de ella derivaba toda la Ley y los Profetas. Y además, previendo la distorsión que ha impedido su reconocimiento y que siempre lo entorpecerá, indicó en especial el peligro de la tergiversación que se presenta ante los seres humanos que viven movidos por los intereses mundanos: es decir, que pudieran afirmar el derecho a defender sus intereses por la fuerza o, tal y como él lo expresó, a devolver golpe por golpe y a recuperar las propiedades robadas mediante la fuerza, etcétera. Supo, como deberían saber todas las personas razonables, que el empleo de la fuerza es incompatible con el amor, siendo ésta la ley más elevada de la vida, y que tan pronto como se considera permisible el uso de la fuerza, aunque sea en un único caso, entonces la propia ley se negativiza de inmediato. Toda la civilización cristiana, que externamente parece tan espléndida,

surge de esta extraña y flagrante contradicción y malentendido, en parte intencional pero sobre todo inconsciente. No obstante, en el fondo la ley del amor deja de ser válida si se defiende por la fuerza. Y una vez que la ley del amor queda invalidada, deja de existir dicha ley, para dar paso al derecho de la fuerza. La cristiandad ha vivido en ese estado durante mil novecientos años. Es cierto que los seres humanos siempre se han dejado guiar por la fuerza, convirtiéndola en el principal principio de su orden social. La diferencia entre las naciones cristianas y las demás sólo es ésta; en el cristianismo, la ley del amor ha sido definida con más claridad que en cualquier otra religión, algo que reconocer solemnemente en sus seguidores. No obstante, a pesar de ello consideran permisible en uso de la fuerza, y basan sus vidas en la violencia, de manera que la vida de las naciones cristianas presenta una contradicción mayor entre lo que creen y el principio según el que crean sus vidas:

Una contradicción entre el amor, que debería prescribir la ley de conducta, y el uso de la fuerza, que puede reconocerse bajo diversas formas, como gobiernos, tribunales y ejércitos, que se aceptan como necesarios y apreciados. Esta contradicción aumentó con el desarrollo de la vida espiritual del cristianismo, alcanzando el grado máximo de tensión en los últimos años.

Ahora la cuestión radica en que debemos elegir una de las dos cosas: admitir que no reconocemos ningún tipo de ética religiosa, y permitir que nuestro comportamiento en la vida se decida a través del derecho al uso de la fuerza, o bien requerir que cese toda aplicación obligatoria de impuestos, así como la abolición de todas las instituciones legales y de la policía y, por encima de todo, de las instituciones militares.

Esta primavera, en un examen de Religión en una escuela de chicas de Moscú, su profesor primero y luego un arzobispo, que se hallaba presente, preguntó a las muchachas acerca de los diez mandamientos, incidiendo en el sexto. Una vez recitados correctamente los mandamientos, el arzobispo hacía a veces una pregunta, que solía ser: “¿Prohíbe la ley de Dios matar siempre y en todos los casos?” Y las desgraciadas muchachas, llevadas al error por su instructor, tenían que contestar y contestaron: “No siempre, pues se permite en caso de guerra y en las ejecuciones”. No obstante, cuando se hizo esta pregunta adicional –acerca de

si matar es siempre pecado– a una de esas infortunadas criaturas (y le aseguro que no se trata de un cuento, sino de algo que sucedió en realidad y que me fue relatado por un testigo ocular), la muchacha se puso encarnada y contestó decidida y emocionada: “¡Siempre!” Y a pesar de las argucias del arzobispo, la muchacha se mantuvo firme asegurando que matar, bajo cualquier circunstancias, está prohibido incluso en el Antiguo Testamento, y que Cristo no sólo nos prohibió matar, sino en general causar cualquier daño a nuestro prójimo. El arzobispo, a pesar de toda su majestad y pericia verbal, guardó silencio y la victoria fue de la muchacha.

Sí, podemos escribir en los periódicos acerca de nuestros avances en el control del aire, de complicadas relaciones diplomáticas, de diversos *clubs*, de descubrimientos, de todo tipo de alianzas, y de supuestas obras de arte, y no obstante tratar de ignorar lo que dijo esa muchacha. Pero no podemos silenciarla por completo, pues todo cristiano siente lo mismo, por muy vaga que sea la sensación, socialismo, comunismo, los Ejércitos de Salvación del anarquismo, el aumento de la delincuencia, la libertad respecto a los trabajos agotadores, el cada vez más ridículo lujo de los ricos y la mayor miseria de los pobres, el terrible aumento del número de suicidios... Son todos indicadores de esa contradicción interna que debemos resolver y que ha de ser resuelta. Y, desde luego, resuelta de tal manera que la ley del amor sea reconocida, y abandonada toda dependencia del uso de la fuerza. Usted trabaja en el Transvaal, que para nosotros es como si estuviese al otro extremo del mundo, no obstante, esa labor que realiza ocupa el centro de nuestro interés y nos proporciona la prueba práctica más crítica, que el mundo puede ahora compartir, y de la que pueden participar no sólo los cristianos, sino todos los pueblos de la Tierra.

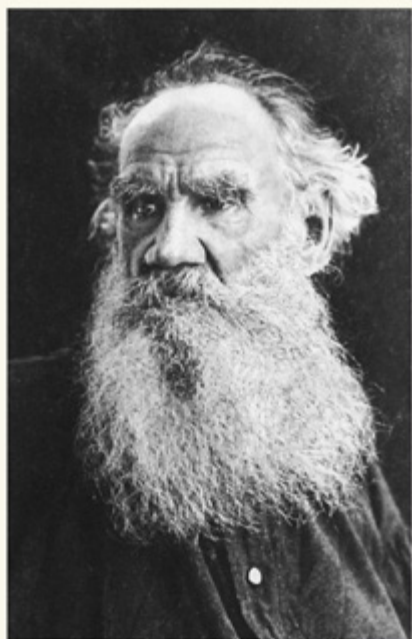
Creo que le complacerá saber que aquí en Rusia también existe un movimiento parecido que está atrayendo rápidamente la atención, así como un aumento anual de los rechazos a cumplir el servicio militar. Aunque sea todavía pequeño el número de quienes le acompañan y renuncian a toda resistencia por la fuerza, y de quienes entre nosotros renuncian al servicio militar, tanto unos como otros pueden decir: Dios está con nosotros, y Dios es más poderoso que el ser humano.

Entre la confesión del cristianismo –incluso de un cristianismo deformado como es el que se enseña entre nosotros– y una simultánea creencia en la necesidad de ejércitos y preparativos para ocasionar carnicerías cada vez más grandes, existe una obvia contradicción que clama al cielo, y que tarde o temprano, pero probablemente más pronto que tarde, se revelará a la luz del día en su total desnudez. Sin embargo, eso puede bien aniquilar la religión cristiana, indispensable para el mantenimiento del Estado, o barrer a los militares y el uso de la fuerza que llevan aparejado, algo igualmente necesario para el Estado. Todos los gobiernos son conscientes de esta contradicción, sus británicos tanto como nuestros rusos, y por tanto, su reconocimiento será activamente impedido por todos los gobiernos, con más intensidad que cualquier otra actividad hostil al Estado, como hemos experimentado ya aquí en Rusia, y como demuestran los artículos de su revista. Los gobiernos saben de dónde procede la mayor de sus amenazas, y permanecen en guardia y ojo avizor, no sólo para preservar sus intereses, sino también para proteger su propia existencia.

Le saluda atentamente

Lev Tolstói

El reino de Dios está en vosotros, de Lev Tolstói,
se terminó de imprimir en octubre de 2014 en los talleres de
Amaquemecan. La edición consta de 1000 ejemplares impresos
sobre papel *cultural* de 90 gramos; en su composición se
utilizaron tipos Berkeley Oldstyle de 10 y 14 puntos



Lev Tolstói

No son pocas las personalidades que han sido influenciadas por las ideas de Tolstói. Uno de los ejemplos más significativos es el de Gandhi, quien supo apreciar la profundidad de *El reino de Dios está en vosotros* –obra maestra considerada el punto más alto del pensamiento cristiano del escritor ruso–, cuyo análisis e interpretación del Nuevo Testamento marcó al Mahatma “para siempre” y lo ayudó a desarrollar su propio concepto de no-violencia.

En Rusia prohibieron la edición de este texto; en cambio se publicó en Alemania, Inglaterra, Suiza e Italia, con gran éxito e interés. Hoy, una parte sustancial de éste se suma a la colección *Clásicos de la resistencia civil*, junto con la valiosa correspondencia que mantuvieron Tolstói y Gandhi, convocando a un diálogo entre los lectores y las ideas de estos grandes pensadores.



Alejandra Atala

Poeta y narradora. Inicia su formación literaria con el escritor Ricardo Garibay. Egresada de la UAM en Ciencias de la Comunicación. Creadora y conductora de *Vuelo entre líneas*, programa radiofónico y televisivo de literatura y poesía. Colaboradora de *La Jornada Semanal*. Desde hace diecinueve años imparte talleres literarios y es autora de once títulos, entre ellos: *Reposo del silencio*; *Charlas de café con Leona Vicario* y *Escrita, la voz*.